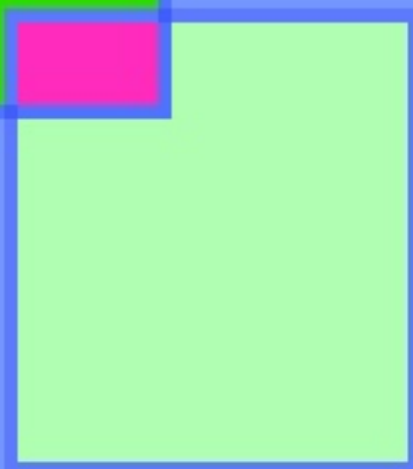
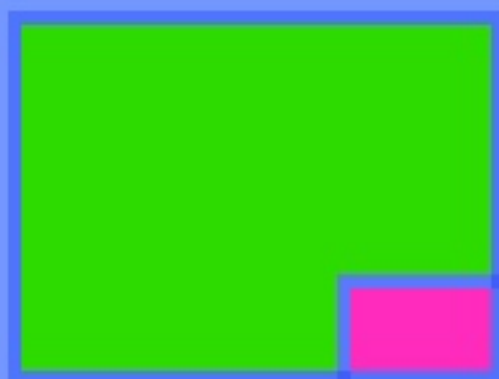


es.humhum.latura



julio 2006

TORMENTA DE VERANO

La tormenta le cogió por sorpresa. Era el mes de julio y el calor secaba el aliento. Caminaba distraída hacia algún lugar en el que completar una de aquellas actividades de las que había llenado su vida entre que se reencontraba cuando el cielo negro se ciño sobre ella. Las calles oscurecieron de repente para iluminarse fugazmente con la luz de unos relámpagos devastadores que precedían el rugir de algo parecido al fin del mundo. Tuvo miedo.

Miedo. El miedo era una palabra que no solía estar en su vocabulario, sino para exhortarlo. Mientras estuvo con él, alma atribulada y frágil, ella se sentía fuerte y jamás nombró el miedo sino era para engrandecerse protegiéndolo del mismo. Ahora, que ya llevaba mucho tiempo sin su amor, el miedo había venido a ella camuflado en tantas y tantas cosas que aquella tormenta de verano fue una más para sumar a su lista de fobias incipientes.

Sin tiempo para más se refugió en un portal para protegerse de sus temores, de aquella oscuridad perentoria, a esperar la lluvia que no llegó. Aquella tormenta sólo trajo rayos y truenos, y el silbar de un viento amargo e hirviente que parecía buscarla debajo cada coche, de cada papelera. La gente caminaba acelerada en busca de reparo mientras miraban al cielo sorprendidos por aquel inusitado panorama. Sentada en el rebate de aquel portal, ella observaba el devenir de unos y otros a intervalos cíclicamente regulares. Los que marcaban la distancia entre trueno y trueno, entre relámpago y relámpago que era cuando el destape de sus manos le permitían mirar el horizonte ennegrecido. Así, como en una ensoñación, en uno de esos pavorosos ciclos, lo vio. Acababa de detenerse ante el portal. Estaba solo y se dispuso a sacar un libro de la mochila para ponerse a husmear en él, así, en medio de una tormenta de verano. Parecía estar en otro mundo. Sólo él podía hacer algo así. Pararse a mirar un libro en medio de la vorágine como si el mundo no fuera con él y como si todas las almas que buscaban cobijo del estruendo no fuesen sino figurantes en una película en blanco y negro. No recordaba los años que llevaba sin verlo, sin saber de él, pero le pareció que no había transcurrido ninguno. Estaba igual. Había cambiado su forma de vestir, pero su esencia era la misma. La dulce expresión de su rostro, la sempiterna sonrisa y aquellos ojos negros que la cautivaron hasta la locura. Todo seguía igual y ahora, no sabía cuántos años después, estaba allí, separado de ella tan sólo por un par de metros, el cristal semitransparente de una puerta, en medio de una extraña tormenta.

Estuvo tentada de salir y abrazarlo, por sorpresa. Salir y pedirle, por una vez, que la protegiese. Tenía miedo. Ahora tenía miedo. Quiso sentirse protegida a su lado, experimentar la sensación que él tanto tuvo que disfrutar mientras la quiso. Pero la razón le pudo y en un segundo pensó por qué no recordaba los años que llevaba sin verlo, por qué ni siquiera se habían vuelto a preguntar cómo estaban en todo este tiempo. Fiel a sus principios no quiso

molestar y siguió mirándolo, desde el escalón, aparcando su miedo y bandeando su deseo en medio de la tempestad.

Debieron pasar unos minutos que ella nunca supo calibrar y entonces, empezó a llover. Llovió de una forma suave como para calmar lo pasado. Él guardó su libro en la mochila y empezó a correr, quien sabe si buscando un portal donde refugiarse. La lluvia continuó in crescendo y fue entonces, al perderlo de vista, cuando decidió salir a la calle para vencer su miedo. Salir y sentir la lluvia. Mientras diluviaba y las calles estaban completamente vacías, ella saboreó el frescor del agua sobre su rostro y se empapó, de lluvia, de tormenta, de recuerdos y de olvido. Así, mojada y mojándose, continuó caminando por aquella calle, ya desierta, mientras pensaba que con miedos y todo, era ahí, en medio de una tempestad, donde se había acostumbrado a vivir y donde más cómoda se sentía. Después de todo, lo bueno que tienen las tormentas, incluso las de verano, es que al final siempre termina escampando.

HORMIGAS

El niño observaba con atención la procesión de hormigas que discurría bajo sus zapatos. El banco era alto y él lo suficientemente pequeño como para no tocar el suelo con los pies. El sol había empezado a fabricar sombras alargadas.

Las hormigas transportaban el cuerpo de un saltamontes o una mantis. Formaban dos filas que caminaban en direcciones opuestas, dos rectas paralelas que se engrosaban como un tumor negro y bullente en el tumulto que rodeaba al cadáver.

El niño apoyaba la cara entre las manos, fija la mirada en el desfile. Imposible adivinar si su gesto era de fastidio o admiración ante lo que veía. Pasaba un chicle de un lado a otro de la boca y de tanto en tanto hacía globos que aparecían y desaparecían de súbito tras una mínima explosión rosa.

A su lado, también en el banco pero recostado, el hombre encendió un cigarrillo. Agitó el fósforo y lo arrojó al suelo. Fatalidad. Cayó entre las filas de hormigas y allí la diminuta llama recobró la viveza necesaria para dispersar el cortejo. Las hormigas abandonaron por un momento el saltamontes o la mantis y rodearon la cerilla como espectadoras hieráticas y sabias. Cuando finalmente el fuego consumió la madera y se extinguió, volvieron a su trabajo.

El niño dijo entonces:

-Nos contó la señorita Albers que la queratina las protege del fuego.

Por toda respuesta, el hombre gruñó un poco y se tapó los ojos con el ala del sombrero. La atmósfera estaba tan caliente que el humo del cigarrillo apenas subía al aire y rodeaba al hombre como la aureola de una aparición fantasmal. A su lado había dos botellas vacías de Budweisser y otra de Pepsi.

El niño separó la cara de las manos y giró la cabeza con un gesto brusco hacia el hombre:

-¿Entonces no volveré a la escuela de la señorita Albers?

El hombre permaneció quieto y mudo. Tal vez trataba de dormir. Su aspecto, desde luego, era el de un hombre que llevara sin dormir muchas horas. El traje de rayas arrugado y la corbata aflojada no indicaban lo contrario. Tampoco la barba de un par de días que se confundía con las sombras.

El niño retomó su posición anterior y la observación de las hormigas diligentes, imperturbables. Dos ritmos se acoplaron: el discurrir de las filas y el leve ronquido que emitía el hombre. Luego, aburrido tal vez o furioso o ambas cosas al mismo tiempo, el niño se levantó del banco y comenzó a pisotear la caravana y su preciosa carga. Fue el colapso. A conciencia, fue arrastrando las pequeñas suelas de goma sobre decenas de hormigas que trataban de proteger su tesoro del caos y la destrucción ofreciendo sus propias e insignificantes vidas.

Todavía de pie, agitó una pierna del hombre para despertarlo:

-¿Y mamá? ¿qué pasa entonces con mamá?

El hombre se revolvió y cambió de postura con lentitud. Escondió aún más los ojos dando un fuerte tirón del sombrero y se apoyó de lado contra la gran, la enorme, la hinchada maleta forrada de piel de vaca que olía tan mal.

Me quedé mirando girar el agua en la taza de W.C y, como soy un idiota, imaginaba que ese fuera el vórtice comunicativo con otro mundo, con otro universo mejor. Los vórtices a otra dimensión no necesariamente han de hallarse en bellísimos lagos o fantásticas cuevas ; una cotidiana y repetida espiral que a duras penas consigue llevarse aquello tan nuestro y tan inmune al perfume, tiene el mismo derecho a ser puerta a lo desconocido que cualquier maravillosa catarata. Sí, allí estaba yo, mirando como un tonto el vaciado de la cisterna y entonces me acordé de "m". No creo que la halagase mucho saber en qué posición teórica o geográfica me deleito en su recuerdo, pero tal vez sólo pienso en ella porque anoche estuvimos hasta las tantas metabolizando blues y atravesando la noche con la inestimable guía de una botella de ron caribeño.

El blues tiene esa cualidad de crear intimidad entre personas que siguen creyéndose solas. Lo escuchas en grupo pero esa voz desgarrada siempre está cantando para uno solo; o eso es lo que cree cada centenar o cada millar de unos solos que pueblan los tugurios de las ciudades. Tratando de esconderse de si mismos .Porque en las ciudades uno no vive: simplemente se esconde. Menos mal que aquí es verano y hay que mostrarse, enseñar como es uno de cualquier forma,, aunque sea con ron y con blues. Y, como es verano, ayer me encontré con "m" en el chiringuito. Llevaba más de una década sin verla, desde que se casó con aquel hombre porque (sic) "Encontraba muy viril el extracto de su cuenta corriente"

Sucedía que un perrito de lanas me estaba oliendo demasiado (aprovecho para colocar que debo tener cara de hueso porque mi popularidad entre los perritos anda últimamente en plan molto vivacce) y le di al animalito la cariñosa patada en las partes con que suelo corresponder a semejantes olfateos. Lo cual que el bicho peludo fue, caminando como pudo, a contarlo y en esas me encontré de cara con los ojos de su dueña, que era "m" mi amiga de otros tiempos "En los ojos de "m"- afirmaba Steady por entonces- dan ganas de tender un mantel y sentarse a merendar" Efectivamente...todavía tenían ese aire de prado en primavera, aunque ahora la luz era distinta.. Y es que "m" había llegado en un viaje de la Federación de Viudas. Sí, amigos, me lo dijo: Un accidente de tráfico cuando él volvía de una convención y a partir de ahí ella pasó a ser la que pedía los extractos en el banco. Hacía ya tres meses, justo tres meses aquel día. "Pues no te veo tan triste- le decía yo en pleno ritual de acompañarla en el supuesto sentimiento-lo has superado muy bien" "¿Superar qué? Ya no le quería, Mac. Lo nuestro estaba digerido y solo quedaban deshechos"

¡Sí! Por eso la recordaba ahora ante la taza del W.C.. justo porque en aquel momento, con aquella palabra, me dio la impresión de alguien que hubiera "digerido "a su hombre , lo hubiera eliminado y estuviera dispuesta para el siguiente. ¡Será eso? ¿Será que no somos

satélites sino alimento, que nos fagocitan y nos suprimen? ¿Será que las penas de amor no son más que una fase en el tratamiento de residuos y que por eso terminamos hechos mierda y destrozados por completo mientras ellas, en el peor de los casos apenas salen con heridas de carácter leve en la epidermis del alma? “ Pude deprimirme, Mac, claro que pude- me decía, cuando ya habíamos cambiado la vista de las olas por puro Caribe embotellado- Muchas veces depresión es intención. Pero ya sabes que yo nunca intento esas cosas, que a la bulimia la llamo burrimia y a la anorexia, anonecia”

Se reía “m”, la viuda alegre mientras yo le recriminaba por hacer bromas sobre enfermedades tan serias. Y en la penumbra humeante de aquel garito estábamos atrapados con los blues de Memphis de nuevo. (Oh, mama. Can this really be the end?) ¿podía ser realmente ese el fin? ¿Tan poco somos para ellas? “Me he dado tres meses de luto- “m” said (menudo luto)-Hoy se acaban y mañana empieza todo de nuevo” En fin que su nada inconsolable tristeza de viuda, su alegría vital me estaba jodiendo. Me llegan a pinchar y apenas doy un 0,0002 de esperanza en sangre. Pues es cierto, machos, al final solo somos su excremento. Dios mío.(y maldita sea). Steady me dijo aquella vez que traté de sacarle algo sobre su divorcio:” Podría extenderme, Mac, pero ya sabes que a menudo considero la lengua como mi única oportunidad de morder carne cruda. Así que te lo resumiré en cinco palabras. Ella tiró de la cadena “ Verdad también que era invierno y por entonces ninguno de nosotros andaba boyante. Tubo decía tener el corazón en servicios mínimos y Tsartas quería tanto a las mujeres que las llamaba jíbaras “No te reducen la cabeza, pero sí el cerebro” Por otro lado Grumpf andaba con una ciática que reducía a chistes muestras miserias mentales. Porque al final siempre se impone lo físico.

Es lo que pienso ahora mientras la cisterna ha hecho su trabajo y el agua, harta de girar en el sentido contrario que en Australia se ha marchado por las tuberías hasta el río, de allí al mar y del mar a la tierra de los canguros. Bajo la tapa y su curvatura me recuerda tanto la sonrisa de “m”...

Bueno, muchachos, cago en la leche, no nos dejemos llevar por... la corriente espiral. Ciertamente, tal vez seamos de usar y tirar, sí, tal vez eso es lo que había en el doble fondo de las sonrisas de Bronte cada vez que presumíamos sobre mujeres como ridículos cazadores...Pero ahora es verano y están ahí el mar, el sol y la carne...Animo hermanos, presentemos una vez más batalla. Cada día es una nueva lucha y cada mañana es completa y distinta. De acuerdo, no nos van a llorar más allá del corto tramo de un trimestre, pero sepamos morir con la cabeza (al menos) alta, vayamos hacia ellas exhibiendo las llaves de (preferiblemente) un deportivo y (aconsejable) silbando un blues...Oh, mama...can this really be the end? Tú sí que sabes, Bob.

EGO SUM...

Epitafio en las estrellas...

Del corazón inescrutable

Consciente ilegítima

Enervo del día su luz

El soliloquio besa

Pulcras cicatrices

Empiezo a flotar

Contigo feliz seré

...mi belleza

Retorcida daga

En un bazo inexistente

Recuerdos de la niñez

Solitaria entre porcelanas

Imágenes esclavas de una vagabunda

Irreverente en sí misma

I'm Amelie

CERRANDO EL CÍRCULO DE MIS CONDENACIONES

Ahora sí que ha tenido la llave de mi felicidad en sus manos. Y la ha tirado sin usarla. ¿Quién? Ella. Todas. Ya no las distingo. Ponerles nombres sería absurdo, porque son la misma bajo otro aspecto y otra personalidad. En realidad, es la misma chica a la que juraba no volver a llamar en mi primer alegato de condenación. Ojalá hubiera seguido aquel impulso, aunque de alguna manera me he quitado una espina que me hacía cojear y a partir de aquí podré pisar con más firmeza. Que nuestro amor sea imposible, ahora no es totalmente culpa mía.

- ¿Qué quieres de mí? -dice ella sin venir a cuento, en mitad de una noche de reencuentro maravillosa, tras una tarde de impaciencia en la que incluso me he escapado del curro un momento para ir a fregar el suelo de mi habitación y cambiar las sábanas. Estamos en un parque a medianoche, bajo la luz de la luna y esas chorradas prescindibles.

- Un beso -y la callada por respuesta. Mis manos avanzan hacia su cintura y se revuelve como una ardilla. Se sienta y se tapa las palmas de las manos con la cara, dejando caer la cabeza sobre sus rodillas-. ¿No puedes?

- No, no puedo.

- ¿Hay otro?

- Sí.

- Cuéntamelo.

- Me has dado un susto de muerte. Déjame un momento tranquila.

- No. Silencio no, por favor.

Hablo yo. Le digo que me gustó desde el principio, desde que la conocí hace tres meses. Que no había vuelto a quedar con ella porque ciertas cosas personales me lo impedían. Le confieso la verdad. Le digo que me pone celoso. Que una camarera de noche tan soleada como ella y permanentemente rodeada de cocainómanos babosos, no es lo que necesita mi vida. Que no obstante, tras mis vacaciones, estaba renovado de energía y había decidido apostar todo por el simple anhelo de estar juntos. Y que tras el anhelo iba todo lo demás de forma natural e imparable: el pensamiento, la obsesión, la corte, la declaración y, final y esperadamente, la unión.

Le gusto tanto, responde, que no le importa estar conmigo sin ser una pareja o ir hasta el final y tener hijos. "Eso son incoherencias", le replico tajante. Sigue con que mi presencia le hace increíblemente feliz. Asegura no necesitar nada más. Me parece tan bonita que solamente puedo reír. Empieza a notarse la diferencia de edad y de experiencia (tiene 22 años). Por un momento había temido perder el control de la situación, pero vuelvo a colocar mi mirada sobre ella con seguridad, y casi con cachondeo, como si no acabara yo de protagonizar un bochorno inefable.

Se lo explico claramente: esto es un final. Se escandaliza. Me echa en cara que en dos meses le haya hecho entender que no había nada que hacer y que ahora me muestre vulnerable sólo fugazmente. Me sugiere que tenga paciencia. No puedo evitar reír ante su ingenuidad. Se lo explico otra vez:

- No me has sido leal. Si tanto te gustaba yo, ¿por qué no me has esperado? Esto para mí supone un desengaño. Yo nunca te hubiera hecho eso. Comprendo que busco una pureza que no estás en disposición de ofrecer. Aparte está el hecho de no habérmelo contado hasta verme hacer el ridículo. Creo que no me has tenido en consideración.
- Imagina que hubiera sido al revés. ¿Y si te hubieras liado tú con alguna?
- Me puedo liar con una o con cien. Pero como tú, ninguna. Tu lugar en mi mente era sagrado. Mi fe en ti, en nosotros, en lo que podía haber sido, era intocable. Y permite que te diga que nos hemos perdido algo muy especial.
- No, eso no. Eso me duele mucho. No me digas esas cosas.
- Bueno, son las tres de la mañana, llevamos hablando horas. Quiero empezar a ver esto como algo superado.
- Para mí no es así.

La chica está destrozada y comprendo que estoy siendo un poco cruel. Debo estar tomando mi pequeña venganza, por mi orgullo dañado. Sin embargo, tanto dolor tampoco es comprensible, porque era tan fácil de evitar como dejarse caer en el jardín de mis encantos. Ahora no entiendo nada. Achaco su confusión a su juventud. No sabe discernir lo que es realmente importante de lo que no. O eso o me miente, me oculta información. Si es lo primero, no me apetece sacarla de su neblina mental. Si es lo otro, me tiene exactamente sin cuidado. Sólo quiero pirarme a beber, porque en esta historia ya he pasado página y el epílogo se me está haciendo un poco largo. Pero me retiene con más incoherencias. Parecen no tener fin.

- Llevo toda mi vida buscando la pureza. Mi hermana me advirtió que no cejara, porque al final podía encontrar a alguien como yo. Pero me rendí y creo que he empezado a buscar - quiere decir aceptar- la imperfección.
- Enhorabuena -no puedo reprimirme-: lo has conseguido.
- Hijo de puta...

Ya en su portal, le doy un abrazo de buenas noches. Se queja de su levedad y me insta a abrazarla de verdad. La dejo sin respiración hasta que empieza a golpearme las costillas. Su

cara de tristeza al despedirnos me llena de pavor. ¿Está chantajeándome? No lo va a conseguir.

Desde entonces me dedico casi exclusivamente a mirar el móvil y a bajarme el correo. Pero no me ha llegado la más mínima señal por su parte y estoy más jodido de lo que mi soberbia me auguraba. Supongo que ella estará peor. Decía que iba a reventar el tocadiscos con el "Ojalá" de Silvio en mi honor. Debe estar sacando su fuerza de voluntad y el consecuente silencio del maldito cubano. La única duda que me corroe es si le dije alguna burrada que, al pensarla al día siguiente y en una hábil artimaña, haya transformado su dolor en enfado. Si está enfadada la muy zorra, no lo estará pasando tan mal. O quizá esté desquitándose con el tercero en discordia. Aunque, por mis huevos, esa relación está minada. Claro que, si a la chica le da por huir hacia adelante, igual hasta tienen esos hijos de los que me hablaba. Y a mí solamente me quedará de esto la risa que me asalta cuando soy consciente de lo torpe que he sido. Y mi futuro, que no es poco.

CONDENADO ESTOY V

María, dijo. Me la presentó Mario, un amigo español en cuya casa me alojé. María era o había sido su novia. Me gustó desde el principio y una canción de Mecano cruzó fugaz por mi mente.

María escondía sus ojos tras unas gafas de sol pretendidamente modernas. De su cuello colgaban unos cascos estereofónicos, aunque en todo ese día y noche no logré ver el reproductor que supuestamente había en el otro extremo del cable. En general toda su ropa y sus escasos complementos ofrecían síntomas de evidente pobreza. Pero ni falta que le hacían las riquezas materiales, porque era bella e interesante como una estatua. Y marmoleña, también. Lo que más me llamaba la atención (quizá porque sus ojos estaban permanentemente ocultos) eran sus inexpresivos labios; incluso después de besarlos sólo me correspondieron con una leve sonrisa. Se notaba en el fondo que era una mujer fatal, un témpano de hielo sobresaliendo en un mar mexicano y cálido de inacabables muchachas. El de Puebla, concretamente.

Mario me contó que muchos poblanos le habían advertido de la peligrosidad de María. Una canción de Los suaves cruzó fugaz por mi mente. Pero el peligro de María, en principio, no venía por cuestiones venéreas como en la canción, aunque ella misma me confesó con su inalterable tono voz que sólo se bañaba los viernes. Era una confesión que no resultaba muy grata en aquel jueves noche. De todas formas, México (comento esto para los corazones más aprensivos) posee un clima extraño que te permite estar una semana sin duchar y sin desprender un olor corporal excesivo. María no olía ni bien ni mal (era una escultura), pero aquella declaración de falta de higiene morbosamente me gustó y se sumó de alguna manera a la fatalidad que la hacía irresistible y que podía convertir a cualquier hombre en un pelele. Yo estaba tranquilo porque, al fin y al cabo, iba a estar en Puebla pocos días. Pero la templanza de mi amigo era envidiable. Ni siquiera le asustaba que ella le amenazara con quedarse embarazada. Decía: "Pues nada, a tenerlo". Lo único que le acojonaba un poco es que fuera seropositiva inconfesa. Según él: "Esa hija de puta es capaz de eso y más".

En cualquier caso, yo quise probar. (Para qué estamos aquí, si no.) Mario me había advertido que María era asexual, que en alguna ocasión le había ofrecido su cuerpo insensible de forma pasiva para que él hiciera lo que quisiera. O bien, en su contraparte activa, le practicaba sexo oral, comprendiendo que, si bien ella era rara, la libido de su compañero debía ser satisfecha. A mí, sin embargo, se me mostraba como una hembra saludablemente receptiva. Además, en caso de que fuera verdad aquello de la asexualidad, era también morboso. Pensaba en ello mientras ella se acurrucaba a mi lado para relatarme parte de sus tristezas, las cuales eran narradas con la mayor indolencia e incluso con risa. Luego nos emborrachamos cuidadosamente en un chalé junto con una veintena de mexicanos y mexicanas.

Volvíamos a casa los tres, algo equívocos. Mario me dijo sonriendo: "Bay, ¿será ésta una noche como la de Lavapiés?", haciendo referencia a una madrugada madrileña en cuyos azares sumergidos compartimos a una mujer. Lo miré con reprobación porque la subrepticia adivinanza me parecía lo suficientemente explícita para la avispada mente de María. No obstante, la chica lo tenía claro. Se acostó en mi cama y me esperó. Me acosté a su lado y esperé a que Mario se durmiera, pero mi amigo estaba borracho tocando una guitarra reventada que estaba incluida en el alquiler del piso. Cerré los ojos y planeé un ataque en horas más tranquilas.

En mitad de mi adormecimiento, noté que María se levantaba de mi lado. Abrí un ojo y vi que Mario la asía del brazo y se disponía a echarla a cajas destempladas. Las siguientes palabras me llegaron desde la puerta: "Hazte un favor a ti misma (hubo aquí una pausa teatral): no vuelvas."

Me incorporé y encendí un cigarro, que es lo que se hace en estos casos. Mario al entrar se me quedó mirando y me dijo a modo de explicación: "No habrías conseguido nada. Ya te dije que es asexual." Invoqué a su madre para responderle. Después nos acometió un ataque de risa, no lo negaré. No somos nosotros de cruzar navajas. Pero también me invadía cierta preocupación y le dije a mi amigo que al menos podía haberle dado dinero para un taxi. Mario me replicó: "Yo nunca le doy dinero a las mujeres". Desde luego sabe tratarlas, el cabrón.

Al día siguiente nos fuimos hacia Sierra Madre del Sur, a proveernos de experiencias enteógenas, y durante nuestros viajes Maria estuvo declarándole su amor incesantemente por correo electrónico. Para mi eterna sorpresa, a nuestra vuelta se repitió la misma escena. Pero esta vez María se acostó en su cama. Había aprendido en un sólo ensayo-error quién era el amo y señor de aquella casa.

EL SICILIANO, DE MARIO PUZO

Me encantan las novelas de este hombre. Sus héroes no obedecen a nada, sólo a sí mismos. Ni religión, ni leyes, ni superiores ni gobiernos de ningún tipo; ni siquiera obedecen al amor. Son valientes que han roto con todo, normalmente por una cuestión de justicia, y han decidido ser su propia ley porque es lo único infalible, ya que nunca se fallan a sí mismos. La admiración y el cariño que llego a sentir por sus personajes me hacen querer regresar una y otra vez a sus páginas, como si fueran un bálsamo para ciertas llagas invisibles que debo tener por ahí. Sé que es literatura intrascendente, que diría Kafka (creo que incluso dijo que Crimen y Castigo no era más que una novela policiaca; él aconsejaba leer de Goethe para arriba). Pero a mí Puzo me revigoriza, como lo hacía Julio Verne en el instituto, lo cual ya me parece bastante trascendente.

Eso sí, me he dado el gustazo y la he leído en castellano. Mi experimento de no leer más traducciones queda así truncado (aunque he hecho más trampas, no os creáis: Chesterton, Truman Capote, Bukowski... porque me aparecieron en castellano, eran cortitos y si no los leía, reventaba). La verdad es que llevo leyendo una antología de Paul Auster más de la cuenta y estoy harto de mi pobre velocidad de lectura. Además, me enfadé cuando le otorgaron el principito, después de las discusiones que estábamos teniendo aquí va y se lo dan al tipo que yo había elegido para ir leyendo en inglés. Al parecer tengo un criterio parecido al del jurado contra el que eché todas mis pestes. Manda huevos.

En estos tiempos tímidos para el ser humano individual, porque se escucha más lo externo que lo interno, más las convenciones que los instintos, y la sociedad se nos echa encima en forma de pegajosa telaraña mundial (siendo tanto así que un asesino antiguo puede ser atrapado porque sus víctimas buscan su nombre en Google veinte años después), conviene, digo, en estos instantes históricos y demenciales, salir a recorrer el mundo para ejercitar la antropología de primera mano.

Antropología: el estudio del hombre. Uno se pregunta ¿de qué hombre? ¿Del que sacrificaba a otros hombres a los pies del templo de Quezalcóatl, en Teotihuacán, o del que sacrificaba a otros hombres, simultáneamente, en el Coliseo romano? ¿Del dios del sol, que ilumina el mundo desde su pirámide teotihuacana, o de la televisión, que ilumina el salón, es decir nuestro mundo, desde su tecnología? ¿De los edificios de Tenochtitlán, arrasados por Hernán Cortés, o de las torres gemelas, arrasadas por no me atrevo a decir quién, pero que en los libros de historia será Bin Laden? Parece, efectivamente, que la vida del hombre es la historia de un loco contada por un idiota.

Estando rodeado de niños pordioseros que solicitan tu limosna en un bar del Distrito Federal de México, igual que cuando caminas por la Habana y las cubanas te asedian ofreciéndote sus carnes criollas a bajo coste, sientes un profundo desprecio hacia ti mismo, en primer lugar; y un odio afilado y desgarrado hacia los gobernantes de los países en cuestión, en segundo y feroz lugar. Al margen de las cosas maravillosas que pueda atesorar un país, y que uno puede consumir impunemente armado y protegido por su molón pasaporte europeo, todo es eclipsado por los desmanes inaceptables que se arraciman a su alrededor. Indiscutiblemente, estamos en una situación mundial de desniveles intolerables.

Los gobernantes debieran entender su relación con el pueblo de una manera paternal, a veces magnánimos, a veces severos, pero el primer deber de un padre es proteger la dignidad de sus hijos y enseñarles a salvaguardarla ellos mismos. Ningún padre permitiría que su hija tuviera marcado a navaja en la cara las veces que se ha negado a prostituirse. Ni obligaría a su niña de cinco años a cargar en brazos con su hermano de dos para mendigar con más efectividad a altas horas de la noche. ¿Ningún padre? ¡Pero qué digo! ¡Claro que sí! Porque la filiación es una dictadura. No elegimos a nuestros padres. Pero, ¿quién elegiría a un mal padre en una oportunidad democrática? Pues créanme si les digo que esto, no sé si obedeciendo a una ponderación que sería simplista llamar ignorancia, ocurre.

AMIGAS

Angustias Martínez era una mujer a la que todo le salía mal. -Es por culpa de mi nombre- le decía a su amiga Manolita Baldón, vecina de puerta. -Mujer, no digas eso- respondía la otra- que todas tenemos mucho que pasar en la vida, a eso venimos.

Angustias tenía cerca de sesenta años, era bajita, fibrosa, de cara renegrida ya desde niña por los trabajos del campo. Andaba siempre abatida, cansada, con enorme tristeza en sus ojillos negros, vestida con babi y alpargatas. Manolita, algo mayor que su amiga, hija de un farmacéutico gallego, y a decir de ella de lo más selecto de La Coruña, la tenía medio prohijada y le contaba cosas del mundo mientras daban su paseo diario de tres horas por el parque.

- Es que a mí, Angus, no me importa decirlo, ¿eh? Yo cuando se murió mi marido fui la mujer más feliz del mundo. Menuda vida me dio, cuarenta años engañada, y eso que de novios me regalaba flores y todo. Y lo mal que me lo hizo pasar al final, día y noche, que no paraba de dar guerra...

Angustias suspiraba, asintiendo resignadamente. Su marido, borracho y maltratador, que sólo venía de tarde en tarde para propinarle palizas y quitarle el poco dinero que tuviera, hacía años que había muerto también, dejándole una pensioncilla miserable.

- Porque, hija- continuaba Manolita, que no dejaba a la otra meter baza más que suspirosamente- yo si aguanté fue por mis hijos, porque yo estaba de enfermera en el Militar, y al casarme mi marido me hizo dejarlo porque decía que su mujer no iba a tratar con hombres desnudos, ¡si yo lo hubiera sabido!... Ah, por cierto, te voy a enseñar a leer, ya verás qué bien.

Angustias, cabizbaja y dócil escuchaba una y otra vez, durante sus horas diarias de rigor, la vida y andanzas de la otra, callada siempre, siempre la segundona, la pobrecilla, la fea, la resignada.

- Porque, Angus, a ti se te han muerto dos hijos, es verdad, pero mira, ya no tienes más responsabilidades que tu nieto. Yo, sin embargo, no te quiero ni contar. El mayor me tiene frita porque quiere que le preste para un coche nuevo. Es que las madres es un no parar, hija...

Angustias tuvo dos hijos. La mayor había muerto, al parecer de una sobredosis de heroína, a poco de haber tenido un hijo, que siempre vivió con la abuela. El segundo de sus hijos, que

tenía una discapacidad motora y una pequeña pensión, enfermó gravemente a raíz de meter novia en casa y hablar de casarse. Se le puso la piel negra y, pese a que los médicos dieron mil vueltas, no consiguieron identificar el origen de su enfermedad ni salvarle.

Tras mucho pasear, mucho hablar la una, y mucho suspirar la otra, regresaron las dos mujeres al bloque.

- Angus, anda, que te invito a cenar si haces tú la sopa, que estoy molida hoy, que he estado toda la mañana de compras...

Y Manolita charlaba y charlaba, alzando la voz desde el sofá. Angus suspiraba y suspiraba en la cocina, porque no hubiera querido que su amiga la invitara de nuevo, con aquella maravillosa vitrocerámica, ella que tenía la cocina viejísima de butano; y el frigo lleno de todo, mientras que en su casa todo escaseaba... Pero no podía negarse, en realidad no podía negarse nunca a nada más que a estar contenta o alegre. Por eso hubo un “click” en su mente, lo olvidó todo, suspiró aun con más hondura, aumentó el rictus de amargura de su boca, se sacó del sostén el sobrecito de los polvos, y los echó en el plato de sopa de su amiga.

- Mira, Angus, aunque tú seas una mujer simple, tienes que vestirte mejor, hazme caso, mañana nos vamos juntas al mercadillo, ya verás qué bien... y te enseñaré a leer, ya verás qué bien... si pudiera te invitaría a la playa, al apartamento de mi hijo, pero se viene mi nieta y no hay sitio... qué buena te ha quedado la sopa, hija, qué manos tienes... ¡Alégrate, mujer, y no suspires más, ya verás qué bien!

APRENDIZ DE BRUJA

Aprendiz de bruja, la ilusión estética de un río de caudal extremo: tú a una orilla y yo a la otra, y el juego delirante de encontrarnos en el medio sin que nos arrastre la corriente. Si asumir esta ilusión es difícil, encontrarte en la mitad de la corriente, imposible. Nunca nada existió menos, nada, nunca, existió mas fervientemente. Buscando la manera, siempre buscando, la manera, de encontrarte. Caudal intenso, es un juego, lo comprendo, de exquisitez extrema. Bésame, lentamente, abrázame en un beso de imposible amor, bésame llena, lleno a rebosar, hasta que mis parpados se quemen y en el fondo de mi pupila mis ganas te reduzcan a golpe de negrura y agua.

LA DEPRESIÓN

Entiendo que los psicólogos enseñen a sus pacientes a combatir la depresión, es su trabajo y eso les honra. Pero sería una buena idea (si acaso no lo hacen ya) explicarles que esta enfermedad es como el vino: inofensiva cuando se consume con moderación. Yo lo hago todos los días. Deprimirme, digo. A veces mis obligaciones terrenales no me dejan tiempo para saborear la derrota y he de conformarme con ir de un lado para otro con la sonrisa de oreja a oreja, satisfecho de haberme conocido mientras ahuyento los malos pensamientos con un abanico de Loco Mía. (¡Ay esos días tristes en los que uno no tiene un rato libre ni para deprimirse a gusto!) Fiel a mis principios, siempre intento hacerle un hueco a la depresión. Antes del desayuno, después de comer, en los prolegómenos de la siesta, qué sé yo, aprovecho cualquier momento para tumbarme en una cama erizada de púas y preguntarle al techo quién soy, de dónde vengo, adónde voy, esas cosas. La ausencia de respuestas agrava mi vacío existencial, sí, pero en los asuntos metafísicos lo importante no es ganar sino participar. No deprimirse nunca sí que es deprimente.

Bubi, sin embargo, vive anestesiado contra el desaliento. Tanto optimismo por su parte, creo, denota una lucha camuflada contra la cruda realidad, un mero mecanismo de autodefensa. Pero igual esta impresión mía es fruto de la envidia de tratar día a día a un tipo que, al contrario que yo, nunca se ha planteado hacerse el harakiri. En fin, yo lo tengo como el mejor de los amigos porque sé que el día en que le pida que me corte la cabeza con un sable, lo hará con la mejor de las sonrisas.

NOCHES OSCURAS

Mi vida era entonces como ripios de un mal poeta. Tenía 24 años y vivía en Moratalaz, en el noveno piso de un viejo inmueble situado al final de un callejón sin salida. Era lo más barato que había encontrado y no estaba lejos del pub donde trabajaba. Compartía alojamiento con tres tipos: un joven aspirante a actor, un andaluz que como yo se ganaba el jornal sirviendo copas, y un sesentón gris y desaseado con el que -sé que parece cosa de Gila- coincidía en los pasillos o en la cocina sin intercambiar más palabras que hola y adiós. Algunos días mi novia dormía conmigo, en una cama frágil y desfondada, adjetivos que podrían definir nuestra relación. Excepto cierta tendencia al fracaso no teníamos nada en común; pero allí estábamos, sabaneando nuestras diferencias.

De madrugada, al salir del trabajo, me echaba a recorrer las calles de aquel Madrid inhóspito en mi destartado Renault 5 mientras escuchaba música en la radio. Una vez fui al pub del andaluz a tomar algo. Volvimos a casa juntos. Era una noche triste y oscura, como todas las noches. Me confesó que estaba preocupado porque ese mismo día había desvirgado a una jovencita y ahora que su novia estaba a punto de llegar desde Sevilla no lograba eliminar las manchas de sangre de las sábanas. Lo mío era más grave: no encontraba sentido a la vida. Deja de filosofar tanto, cacereño, y sonríe: es Navidad, me aconsejó. No pude. Incapaz de conciliar el sueño, pasé horas y horas mirando la bombilla desnuda del techo.

Así eran mis noches en diciembre del 91, cuando yo aún no ventilaba las cenizas de mi biografía en la contraportada de un periódico.

VÍAS MUERTAS

Lo peor llegó con la crisis del 93. Me levantaba a primera hora para comprar el Segundamano, y acto seguido regresaba a casa para rotular en círculos (como si fueran bocadillos de cómic) las ofertas laborales a las que podría optar alguien como yo: trabajos no cualificados y por tanto mal pagados. El siguiente paso era hacer las llamadas telefónicas. Con suerte, después de quince o veinte llamadas conseguía concertar cita para una entrevista. Salía precipitadamente de casa y me dirigía, primero en autobús y después en metro, a la jungla urbana. Era la crisis del 93, digo, y la gente había tomado las calles. Recuerdo una cola en Goya que daba la vuelta a la manzana. Desalentador, sí, pero al menos podías conversar con gente que también estaba en las últimas, compartir tus miserias durante un par de horas hasta que llegaba el momento del examen: “¿Tienes experiencia?”. “Nombre y teléfono”. “Ya te llamaremos”.

Y luego, la vuelta al hogar. El metro, el autobús, el cansancio. Ruth y yo vivíamos a 15 kms. de Conde de Casal, en un pequeño piso frente a las vías muertas de un viejo y solitario tren de mercancías. “¿Has encontrado trabajo?... Pues a ver cómo pagamos las facturas”. Para olvidar los problemas, al caer el sol me iba con Zar, nuestro cocker, a dar un paseo junto a las vías. Era la mejor hora del día: yo le lanzaba piedras que él me devolvía con gesto triunfal. Entonces me daba por pensar que alguna de aquellas noches vendría un tren fantasma y Zar y yo subiríamos a él para hacer un viaje sin retorno a un mundo mejor.

Pero ese tren nunca vino y yo seguí comprando el Segundamano.

CARTA A CLARA

Clara:

Posiblemente cuando recibas estas letras no quieras leerlas. Sé muy bien que has roto conmigo para siempre. Pero desde que el médico me dijo que debo ser sincero conmigo mismo, he pensado que nada mejor para conseguirlo que since rarme antes contigo.

Todavía te amo, Clara; y mi amor es más denso y desesperado cuando me doy cuenta que jamás conseguiré volver a verte. Todavía recuerdo la dureza de tus ojos cuando recogiste el cuerpecillo de nuestro Quin, mojado y yerto en mis brazos, aquél día de Agosto, en que mi maldita pereza me hizo olvidar, por un instante mi obligación paternal.

Ocurrió en el jardín, bajo el gran plátano, disfrutando de su frondosa sombra, cuando cerré mis ojos y olvidé a Quin, que jugaba en el estanque con su barquito velero. Juro que fueron unos instantes de somnolencia, y cuando abrí los ojos, aterrado por el silencio espeso y sonoro que me despertó, nuestro pequeño flotaba inerte en el centro del estanque con el barquito aferrado en su pequeña mano. No sé cómo pero apareciste en silencio. Llegaste y me arrebataste a nuestro hijo. Y huíste con él, Clara, dejándome allí, completamente solo, en medio de mi sensación de completa inutilidad.

Tú me conocías, Clara. Sabías de mi abulia congénita. Y aún así me aceptaste. Me decías que me querías "hasta que te hiciese sangrar el alma". Y aquél día, en medio de tu silencio clamoroso, me dí cuenta que toda tú eras una llaga. Después del entierro de Joaquín, sin decir una palabra, sin mirarme, abandonas te tu casa. Sí, tu casa, Clara. Yo allí era el "invitado". Y también era el padre de tu hijo; de nuestro hijo, Clara. Me dejaste solo, como se abandona un trasto usado que ya no tiene la menor utilidad. No me hiciste ningún reproche; ni siquiera me miraste. Hiciste tu maleta y te fuiste. Y aquello me certificó que jamás volvería a representar nada en tu vida. Y me aterroricé, Clara.

Durante un tiempo me refugié en el recuerdo. Llegué a pensar que habiendo gozado de tu amor, una parte de tí, Clara, me pertenecería siempre. Y siempre en mi memoria, los momentos de nuestro amor, cubrían el expediente de una apariencia real que mi desequilibrio favorecía. ¿Recuerdas nuestras noches de amor y nicotina? Cuando apurábamos el último cigarrillo, con nuestro cuerpos aún estremecidos por el reciente contacto, disfrutando de la sedante relajación y de nuestra mutua cercanía. Nuestro aliento se mezclaba, y nuestras manos se aferraban con la complicidad del amor reciente y la firme promesa de otros momentos de pasión futuros.

Nunca tuve sensación de amarte locamente, Clara. Únicamente me sentía apegado a tí. Creo

que jamás fuí objeto de pasiones aceleradas, porque mi misma deja de me lo impedía. Y tampoco sentí nunca una emoción viva. Ni siquiera cuando nació nuestro Quín fuí capaz de sentir los transportes de alegría que observé en tí. ¿Recuerdas cuando me llamabas tu "hermoso abúlico"? Lo decías de una forma que no implicaba reproche. Y a mí no me ofendía, porque nada que viniese de tí podría hacerlo, Clara.

Poco a poco fuí cayendo en la cuenta de que tenía que terminar mi existencia. No me molesté en razonar los motivos que tenía para acabar con mi vida. Sola mente pensé que ya no tenía objeto continuar así. De modo que me até una cuerda al cuello y me tiré desde el olivo en el camino del Retamar. Desperté en el santorio, y cuando pasaron unos días, un médico amable y serio me preguntó que motivos tuve para tomar aquella decisión. Guardé silencio porque no supe qué responder. Poco a poco, observando a los otros internos, me fui dando cuenta de que todos tienen una manía particular, algo así como un sello propio que los define y califica. Te ahorraré su descripción, Clara, porque no es momento de exponer miserias ajenas. Curiosamente, yo era el único que no presentaba síntomas externos de insania. Y le pregunté al médico porqué no me dejaban salir, ya que no me considero un alienado. Su respuesta me desalentó, porque me dijo que un síntoma muy serio de enfermedad del alma es, precisamente, la carencia de emociones. Añadió que no estaba cierto de lo que me pasaba, y que yo debía ayudarlo investigando en mi interior en busca de pistas que puedan ser útiles para un diagnóstico fiable.

Aunque te parezca mentira, Clara, este es el motivo de mi carta. Me dolió que me dejases. Me dolió la muerte de Quín. Me dolió mi soledad. Y me dolió-me duele aún-el sentimiento de completa inutilidad que experimento. Pero siendo sin cero, creo que ninguno de estos sentimientos fué lo bastante fuerte para inducirme a una desesperación definitiva. Y me frustra mi incapacidad para sentir una desolación que, cualquier otro en mi lugar, experimentaría el resto de la existencia. Y también experimento una ligera angustia cuando pienso en la completa prescindibilidad de una vida incapaz de experimentar verdaderos sentimientos.

Antes de terminar, quiero señalar que esta carta no es ningún intento de hacer que vuelvas a ocuparte de mí. Reconozco que me sería muy grato volver a estar junto a tí. Pero soy consciente que la lástima que pueda ocasionarte mi situación-si es que llegas a enterarte-no es un sentimiento recomendable para recuperarlo que, por tu parte, está finiquitado. A mí no me agrada estar aquí; pero por otra parte, tampoco tengo otro lugar mejor para ir, y como soy de buen acomodo porque nada me afecta en exceso, puedo soportarlo.

Adiós, Clara. Te pido que no me desprecies absolutamente. Aunque no sea más que por mi incapacidad para experimentar sentimientos como es debido, sabrás que tu odio no me afectaría en exceso. Yo en cambio, no puedo evitar seguir amándote. A mi manera, claro. Saludos.

EL TOCADISCOS (UN FRAGMENTO)

Eché a andar por la cuesta para subir a la meseta plana, treinta metros más arriba. Fui andando lentamente pues los músculos se habían relajado con el descanso. Llegué arriba algo acalorado y la brisa enseguida me refrescó y secó todo el sudor. Eché a caminar por aquel sendero en dirección al sur, desviándome un poco del acantilado que bordeaba el río. Fui caminando sin pensar nada. Mi mente solo se fijaba en los elementos del paisaje que pasaba a los lados según avanzaba. Por momentos escuchaba el murmullo del viento y lo iba anotando todo en mi memoria.

Al cabo de una hora vi una "haima" a cierta distancia. La haima es una tienda del desierto hecha con un tejido de pelo de camello. La parte trasera de la tienda estaba orientada al norte, para cobijarse del viento. A poca distancia de la "haima" había un Land Rover. Parece que esta gente no viajaba en camello. Al llegar a la altura de la tienda vi dos hombres y una niña. Levanté la mano y les dije "ahlan u sahlán" con voz clara. El hombre mayor me respondió al saludo diciendo "salaam u alicum". Luego me pareció que me decía "vente a tomar el té" pero no estoy seguro. Lo que me convenció fue que el hombre mayor me hacía señas con la mano al hablar y parecía que me dijera

-Siéntate aquí.

Me acerqué y le dije "Chukra" al tiempo que me sentaba bajo su tienda.

-Shekamlam arabiya? (Hablas el árabe?) -me preguntó el hombre mayor.

-Sólo un poco -le respondí.

El más joven iba vestido al modo europeo y me preguntó que si hablaba el francés. Le dije que sí, que sabía un poco de francés. El joven tendría algo más de veinte años. Me preguntó que si estaba casado y le dije que no. Me pareció que me miraba con algo de lastima por este motivo.

-Je suis marié. -Me dijo con una sonrisa satisfecha.

-Je vois. Est ce ta fille?

-Pas ma fille. C'est ma femme.

En este punto quedé un tanto perplejo dudando sobre si había entendido lo que decía. ¿Será eso lo que dice? Me lo preguntaba porque la niña parecía tener diez años o menos. Puse cara de incredulidad y le dije con voz tímida: No. Me dijo que sí haciendo gestos de afirmación con la cabeza.

-¿Es tu esposa? -le pregunté en francés, pero se lo dije en voz baja, tenía miedo de meter la

pata.

-Sí -me dijo.

Y, para corroborar esto, empezó a desabotonarse la camisa blanca y me enseñó unos arañazos que tenía en el pecho. La niña al ver que me enseñaba los arañazos se echó a reír y se puso a dar pequeños saltos y volteretas con una sonrisa de niña traviesa. Yo seguía un poco aturdido. El hombre debía estar muy orgulloso de su situación de casado, pues se remangó la camisa y me mostró los brazos llenos de arañazos. Estos probablemente representaban algo así como un certificado de matrimonio. Luego se levantó el trasero y se bajó los pantalones vaqueros para enseñarme los arañazos que tenía en los muslos.

Con estos abrumadores argumentos empecé a creer en lo que decía y dejé de dudar de mi capacidad para entender el francés del moro.

La niña seguía dando vueltas en el suelo con una gran sonrisa como si me dijera "soy una esposa pequeña pero muy traviesa". Mientras hablábamos, el hombre mayor se había puesto a hacer el té. Me pareció que decía en árabe "el té ya está listo". Sacó unos vasos pequeños y empezó a echar el té desde medio metro de altura. El chorrito caía con precisión sobre cada vaso. Este hombre era un artista.

Nos pusimos a tomar el té con toda la parsimonia que requiere el ritual. No era necesario esforzarse en esto, porque tanto el vaso como el té estaban de verdad ardiendo. Solo podías tomar un sorbo insignificante de cada vez para no escaldarte la lengua. El vaso de verdad me quemaba los dedos, por lo que tenías que posarlo sobre la arena.

Cuando había terminado de beber el vaso, el hombre mayor extendió la mano como pidiendo el vaso. Se lo entregué, lo puso sobre el suelo y volvió a echar con precisión otro chorro de té hasta llenarlo. El joven me señaló la caja del tocadiscos y me preguntó que era eso. Como respuesta abrí la caja y se la enseñé. Lo miró con curiosidad y preguntó:

-¿Eso que es?

Puse un disco en el aparato y se oyó la música. Era un disco con unos fragmentos de Peer Gynt. Empezó a sonar la música y todos ponían atención que se fue transformando en perplejidad. La música aquella le tenía que sonar muy rara. De modo que ponían una cara muy seria. Hasta la niña dejó de dar vueltas y ponía atención. Esta actitud podría explicarse por su sentido de la hospitalidad, o tal vez solo era la reverencia que se debe a las cosas que no se comprenden. Hubo un momento en que la música pasaba por esa parte conocida como

"en la cueva del rey de la montaña". En esta parte destaca mucho el sonido de una tuba que marca el ritmo. Fue en este punto donde todos se relajaron al oír el sonido de la tuba y se echaron a reír. Era evidente que esta parte tenía sentido para ellos, porque los bufidos graves de la tuba sonaban a mis oídos como un aristocrático pedo sinfónico.

Yo les acompañé cordialmente en las risas, porque entendí claramente su situación. Uno trata de considerar las cosas nuevas estableciendo cierta analogía con el mundo que conoce, y solo al llegar a esta parte de la tuba tuvieron un destello de inteligencia sobre la naturaleza de aquella música. Habíamos encontrado un vínculo de conexión, una constatación de que como humanos siempre hay una inteligencia que nos une. Estuvimos un rato riendo hasta que dejó de sonar la tuba. La magia se había evaporado y nos quedamos en silencio.

Quise repetir el efecto, y coloqué la aguja otra vez sobre el fragmento de música para oír de nuevo el sonido de la tuba. Nos volvimos a reír durante varios segundos. No quise repetir la gracia. Tal vez un pedo sea algo gracioso cuando lo emite un cristiano, pero igual no resulta de buena educación. Sin embargo, espero que les quedara un buen recuerdo de mi visita. Les avisé que tenía que irme y no sé si me entendieron, pues no dijeron nada. Me levanté y me despedí diciendo "ahlan u sahan". Este saludo sirve tanto para presentarse como para despedirse. Les saludé agitando la mano según me alejaba y ellos me devolvieron el saludo "ahlan u sahan" y agitaron las manos en señal de despedida. Ahora tenía que hacer el camino de regreso caminando hacia el norte. Ahora, cuarenta años después, me acordé de estas escenas del desierto, tan agradables, de modo que me decidí a ponerlas por escrito.

Cuando faltaba poco para llegar al Aaiún, ya había oscurecido pero las luces de la ciudad iluminaban la humedad del aire. No había problema alguno para volver a casa en la oscuridad porque el cielo iluminado se podía ver desde muy lejos.

EL CRIMEN PERFECTO

Ya sabes que al otro lado de la bala voy a estar yo, así que si lo haces, hazlo bien. Y con un gesto premeditado y suave me cerró, uno a uno, los dedos sobre la culata, dibujando con su mano delicada la silueta inerme y metálica que yo sujetaba contra su pecho. Sonreía y su sonrisa era perfecta, desmaquillada por fin de todo el teatro, de esa precisa actuación que nos engañaba incluso a los que sabíamos que estábamos siendo engañados, a nosotros su círculo más abyecto de admiradores, que habíamos disfrutado de sus cenas cortesanas donde nuestros sentidos eran colmados con lo exquisito y que culminaban siempre con su voz potente y seductora recitando su último poema, a nosotros que nos desvelaba y nos descifraba los miedos rampantes que acudían a su lecho por las noches, a nosotros que nos hacía cómplices de la máscara que llevaba para el vulgo, a nosotros que nos hechizó y educó para que uno de nosotros, yo que sujeté la Magnum cargada contra su pecho, cumpliera fielmente sus propósitos. Cómo sonreía mientras la luz de la luna, que entraba por las cristaleras del dormitorio, arrancaba destellos plateados del cañón, obscuro y evocador, que yo apoyaba sobre su piel de marfil. Ahora, me dijo, libérame de todo y cerró los párpados mientras me dejaba su sonrisa perfecta y desnuda tan prendida de mis ojos que en la oscuridad de esta celda, mía a fuerza de años, casi, casi puedo tocarla.

FRAGMENTOS DE LA CARTA TESTAMENTARIA ENCONTRADA EN ...

Fragmentos de la carta testamentaria encontrada en el puño cerrado del cadáver de Edward Hyde

[.]

Él se desespera: la pobre humanidad que le reconcome por dentro pronto habrá de devorarlo: y a mi con él. Cuánto le he despreciado, cuántos de mis actos han sido hechos únicamente para humillarlo: rebajarle esa talla humana tan cara a vosotros, sus semejantes y que yo he querido patear desde el primer instante de mi accidentada existencia. Mis encuentros con él han sido tan breves como intensos: nunca nadie ha estado tan cerca de otro ser humano como yo de él. Y no puedo perdonarle que su terror puritano enturbiara su juicio cada vez que me miraba: él me juzgaba bajo el prisma de un rasero estrecho y parco que no podía de ninguna de las maneras abarcarme. Él me había dado una vida que quería apartar de sí mismo como si estuviera maldita y cuando no pudo apartarme -porque soy carne de su carne- me encerró y tiró la llave: cómo me debatí en mis cadenas; cómo fermentó mi odio y mi hambre de libertad. Fue a él, en realidad, a quien golpeé hasta la muerte en el parque: esa primera vez de descarnada sensualidad: la fuerza de mi brazo trazando un arco: el crujido hundiéndose en la carne y fue a él -su rostro sereno y plácido como habría sido dentro de diez o quince años- a quien veía mientras golpeaba y golpeaba.

[.]

Él se desespera y yo, sí, yo le aborrezco. Pero él me aborreció primero y me desterró con su soberbia y su lujuria y su pereza de luchar contra sus propios fantasmas. ¿Qué esperaba? Yo soy la respuesta de Dios a sus pecados: soy su penitencia; su justo castigo.

[.]

Su última esperanza se ha desvanecido. Mientras escribo estas palabras él también se desvanece y mi trabajo está hecho: ahora debo desaparecer yo también porque vosotros no tendréis piedad de mí como no la tuvo él cuando me cargo con sus pecados para sentirse falsamente puro. Así que yo os maldigo y os dejo mi cadáver como testimonio de mi existencia: cargad con mi cuerpo en vuestra conciencia.

OBLIGARME AL DESARRAIGO

Debo romper el nido con los dedos

desmenuzar las raíces que me atan al parto

desandarme por donde tú dejaste huella

y olvidar que algunas veces fuiste casi tierna

-no me vale ya que la sangre sea

sea más espesa que el agua

en este aire denso ya no quiero respirar-

(Debo porque el tiempo me ha borrado la tregua y nada ha cambiado: sigo teniendo nueve años cuando me gritas y la pena de saber ahora, que siempre habrá, no importa lo que yo haga, una próxima ira insostenible que derramarás sobre mi.)

-si solamente pudiera no sangrar

sangrar entre tus manos idas

cuando tu furia deviene mi verdugo-

Por eso debo desmembrarme de las fotos

los columpios

las tardes en el patio

tener presente que nada ha cambiado

y obligarme

finalmente

a este desarraigo.

PUDE SER

Pude ser piedra de río durmiendo en la cintura

vieja y angosta de la clepsidra

ser ahora

con la falsa ilusión de haber sido

y la vana esperanza de ser quizás mañana

Pude ser roca frente al diciembre embravecido

y sin embargo me hice ola

o pincel en un paisaje

me hice palabra y silencio impío.

Pude ser

y sin embargo

sola

mente

soy

este poema.

Es algo para lo que siempre estuve preparado. Algunas de mis mejores fantasías orbitan en torno a ello, pero esta vez me cogió de sorpresa. //n// dijo. “He venido a pasar la noche contigo” Después de seis meses sin hablarme me suelta de sopetón semejante frase. //n es de ese tipo de mujeres que tras haber vivido lo que podríamos llamar intensas sensaciones conmigo, deciden, de pronto y sin previo aviso, abstenerse de mí radicalmente, prescindir de todo contacto. Es algo que a veces me envanece y otras no tanto, porque lo mismo significa que soy una droga dura ante la que hay que hacerse fuerte, como, por el contrario, que estamos ante un sujeto absolutamente prescindible.

Pero bueno, ahí estaba ella, diciendo. “ Quiero pasar la noche contigo” Lay lady, lay... Y era real, no se trataba de un sueño, podía tocarla. No. No podía. Porque enseguida añadió: “ Dormiremos juntos pero no nos tocaremos” De repente pareció como que anochece a eso de las once de la mañana, mientras caminábamos por el paseo marítimo. “No hablaremos de nuestras vidas, no nos haremos preguntas, no miraremos hacia atrás...” Yo desde luego, si no podía tocarla, iba a mirar hacia atrás con una cierta ira. “Simplemente estaremos allí, el uno junto al otro, dejando entrar la luna”. Sí, pensaba yo para mí, dejando entrar la luna, pero absolutamente nada más.

Yo creo que las mujeres que se relacionan conmigo acaban al final un poco tocadas de la cabeza; porque no es que yo sea un obseso, ni siquiera que ansíe noches de desenfreno para luego salir corriendo a contarlas, ya que luego no me creerían. Una vez me dijo Steady que yo, en cuanto a las mujeres era como Salgari o Verne respecto a los viajes. “Los tipos contaban y contaban sobre aventuras en mil partes del mundo, pero luego no se movían de la silla del escritorio. Pues eso es lo que me creo yo de tus “viajes” , Mac”

Absolutamente injusto Steady porque yo nunca fui por ahí presumiendo sobre mujeres, aunque tal vez escriba demasiado sobre ellas. Y si contaba aventuras es porque cualquier alma femenina es mejor que cualquier novela. Y mi novela de ahora era //n// con su extraña proposición: “Me apetece estar junto a ti, día y noche junto a ti” “Pero no demasiado junto “, intento protestar pero ella no me oye. “Hablar, reír y todo aquello de antes...” “No, todo... no....”, insisto, pero ella no me escucha. “ “Mi instinto me dice que debo estar contigo. Mi alma me dice que no me toques” Hay almas que evidentemente están más guapas calladitas.

”¡Mardita sea tu arma” digo para desdramatizar el momento y ella me mira con amor mientras nos sentamos a la mesa. Porque si algo define a //n// es que en ella las curvas no admiten debate. De todas mis amigas es la que más entusiasmado tiene a Grumpf y por eso

acude solícito con mi gin tonic y una cerveza muy especial. “ ¿Cómo sabes que es esta la que me gusta?, pregunta //n//. “El jefe... el jefe lo sabe, “ contesta el camarero y se queda allí mirándola hasta que tengo que darle una cariñosa patada para que circule. Con toda probabilidad //n// habrá formado parte de sus fantasías sexuales, y con toda inmediatez, seguramente va a seguir siéndolo de las mías.

“De acuerdo: esta noche tampoco nos tocaremos”, comento. Y ella inicia esa sonrisa suya que avanza poco a poco, asintóticamente, hasta los límites de una leve maldad, sin tocarla. “Necesito simplemente tenerte cerca, Mac... ¿No lo entiendes? “ Miro atrás, recuerdo cuando nos conocimos, yo había ido a dar una conferencia al Centro de la Mujer y ella vino a felicitar me”. “Muchas gracias señorita, pero sepa usted que yo siempre he considerado que el centro de la mujer es su ombligo”. Nuevamente mis chistes infames en el centro de todo. ¡ Qué cerca y qué lejos volvía a tener aquel ombligo!

Pedimos más de lo mismo y cuando el alcohol extiende su todavía benéfico efecto los ojos de //n// brillan con alegría y en su colorido lenguaje... (whatever colors you have. in your mind...)” se refleja esa sensación de estar a gusto, como en una burbuja, que siempre tuvimos cuando estábamos juntos. Misteriosamente ahora en la burbuja ha quedado atrapada una mosca que llamaremos burbujera, porque somos finos. Y también la mosca parece estar a gusto porque va alternativamente de su nariz a la mía, cual si esa fuera su misión en el alambicado plan divino. O tal vez está allí para recordarnos que estamos en el mundo aunque subamos a Orión en cada trago.

Y es que, como suele decir Bronte.. “La mejor de las pasiones, tiene moscas” Decidimos levantarnos y bajar hasta las hamacas en donde Tubo, que nos guiña el ojo, va cargado de varias de ellas mientras pregon. “ ¡Media de langostinos plancha! “ Yo, que conozco su jerga le explico a “n” que se refiere a aquella media docena de sonrosados británicos, y ella ríe, con esa risa que la delata como la más astuta de las ingenuas o la más ingenua de las astutas, en cualquier caso alguien a quien quise, quiero y querré siempre. Aunque no pueda tocarla esta noche. No importa, ...you are... the best thing that's he's ever seen...”

Nos echamos en las hamacas y nos adormilamos mientras el mar hace su trabajo. Y lo más hermoso de la vida, que es estar confortablemente feliz y obnubilado junto a alguien a quien amas, también hace su labor. Nos adormecemos allí, felices juntos, como un ensayo con vestuario de la noche que nos espera. Seguro que lo soportaré... Bastará con, como ahora, cerrar los ojos para no buscarla demasiado con ellos.

¡¡Media de mojama! “ se oye gritar a Tubo y yo sin mirar sé que se refiere a algún grupito de jubilados. Pobrecitos... Todos llegaremos a ese punto en que sólo queda mirar atrás y, con suerte, encontrar algo. La paz sube con la calima y //n// canturrea... why wait any longer for the one you love..... Juraría que hasta la mosca, nuestra persistente, resistente mosca burbujera parece estar a gusto. Y tan integrada que uno teme que en cualquier momento le dé por estirar las alas y empezare a ponerse protector solar.

Siempre quise ser zurdo. No es algo que se pueda elegir, pero envidio a los zurdos. La trasgresión en cada gesto. Infligir las reglas en cualquier movimiento. Hubo un tiempo en que, llevado por esos celos, conseguí escribir más o menos bien con la mano izquierda” “ Cualquiera de estos días incluso lo consigues con la derecha “ insinúa Sartas que es mi más despiadado crítico. Le doy a leer mis manuscritos y me fío mucho de sus opiniones aunque me gaste este tipo de bromas despectivas.

Sartas es zurdo. Acudo a veces a su kiosco para verle maniobrar y cuando consigo que me escriba notas al margen el movimiento de su mano izquierda creando a la contra tan bella caligrafía me fascina. Sin embargo hoy he venido porque había visto comprando una revista a /////, la monjita. No lleva cofia, va vestida con seglar discreción pero Sartas me ha dicho que es monja. Y bueno, cualquiera lo vería. “Demasiada ropa para Agosto -dijo una vez Tubo- Por dentro debe estar más blanca que una hostia”.

No se confundan: el hamaquero lo dijo con un respeto reverencial. Ahí donde le ven, admira a las mujeres capaces de renunciar a los placeres mundanos, seguramente por haber visto a tantas que no renuncian a ninguno de ellos. Y también porque después de tratar con tanta mujer semidesnuda lo que realmente debe ponerle es la hembra tapada hasta el cuello.

///// es familiar de Sartas. Una prima segunda, creo. “¿Conoces a mi prima, Mac?” Sartas se ha oído a lo que yo iba. “No”, digo y beso la mano que ///// me ofreció para estrechar. Ella se ruboriza. Y no tiene por qué Seguramente es la primera en mucho tiempo a la que, cuando me es presentada, no examino de arriba abajo con una de esas miradas de donde se inventaron los scanners.. No. De ///// sólo miro los ojos Y observo que no está mirando aquí, que me ve, sí, que nos ve pero que sus ojos están en otro mundo. “ Have a contract to the Lord”. Sartas le pregunta por su familia y sin saber como me veo envuelto en la conversación y hasta consigo hacer sonreír a ///// un par de veces.

La cuestión, inevitablemente, deriva hacia el pecado y la desnudez. Y cuando vamos tomando confianza le digo si se atrevería a tomarse un refresco conmigo allá abajo, en el chiringuito, con los top less a la vista, con la carne, uno de los enemigos del hombre celebrando su exposición anual. “¿Por qué no?- contesta- Lo tomaré como una prueba” Mis bromas es lo que tienen, que en un momento dado me las aceptan y entonces el que más violento está en mitad de ellas soy yo mismo. De manera que caminamos hacia el chiringuito, ante la escéptica mirada de Sartas y la escandalizada de Steady que parece lamentarse de que ya ni a las monjas respete.

Steady dice que sólo hay dos tipos de mujeres inofensivas: “Las monjas y las putas. Estas porque se dan y aquellas porque se quitan” Del resto de las mujeres no me promete nada. Nos sentamos a una mesa y Grumpf viene a tomarnos nota, caminando el muy ladino con las manos unidas ante el pecho. Ella pide naranjada, y yo, ante la mal disimulada hilaridad del camarero, también. //// no parece incómoda, lo mira todo con esos ojos que no parecen poder ser dañados por nada ni por nadie. Tiene una sonrisa beatífica, tal y como procede, pero además, indestructible.

Curiosamente en torno a nosotros la densidad de tangas va en crecimiento y los tocamientos abundan. Pero ella está hablando de Dios “ Dios está también aquí”, dice y yo miro a todas partes porque si el Ser Supremo se presenta yo estaría interesadísimo en conocer su línea de baño. //I me recuerda mucho a I , aquella rainy day woman, pero I estaba más en el mundo... ////, simplemente, pasa de él. Parece que nada pueda tocarla, que no la afecte lo que mira ni el modo en que la miran. “Me encanta el mar”, asegura.

Le pregunto si se baña en él. “De niña” Ahora no lo necesito. “ No lo necesita, pero lo mira con el mismo aire soñador que todos. Todos necesitamos del mar, de algún mar. Quizá nosotros sólo tengamos éste, el que moja, y ella haya accedido a una especie de mar interior blindado, inalcanzable para los demás, para todos nosotros, los miembros del rebaño, los amigos del demonio, el mundo... y la carne. Y puede que ni ella ni nosotros seamos pecadores... Es posible que el pecado no exista o que si existe, consista en esta rutina, esta costumbre... este conjunto de reglas que dominan a la masa.

Y tal vez entonces, sólo por eso, porque ella está fuera, porque sus votos de no transgredir son precisamente en si mismos una trasgresión a lo común y establecido, la mirada de //// y su inalterable sonrisa tienen para mí el envidiable encanto rebelde que siempre envidié en los zurdos.

INCLEMENCIAS

Hoy que no está el día

ni tierno

ni marrón

ni olvido

ni paloma

descubro en la solapa de las nubes

un duelo

un resquemor

un indicio

de lluvia

de tristeza

una leve mordaza al corazón.

Hoy que no es martes

ni furia

ni condena

ni llanto

ni nostalgia

hay sin embargo un gris

vagando los adentros

un mordisco a la calma

un quiero y no puedo

un recoveco en la mirada

Hoy

a pesar de los pronósticos

no es día propicio para el trino

ni está transitable el corazón

LOS MOTIVOS

Siempre los hay. Aunque nos neguemos la verdad. Aunque roguemos que nos mientan los espejos. Aunque a oscuras, soñemos desmentirlo.

El cansancio posee brazos de acero,
enmudece los tactos,
excusa la sonrisa y la palabra,
atronador poder el de sus labios,
cruel venganza para aquellos que un día
quisimos burlarnos.

El cansancio posee brazos de acero,
labios de agua que se desdibujan en las olas
y devuelven solo espuma a las arenas
de aquellas, nuestras playas.

El cansancio posee brazos de acero,
no sabremos cuanto perdimos
hasta que llegue el momento.
Hoy me pregunto el alcance de sus dedos,
esas uñas que día a día nos arañan la existencia.

El cansancio posee brazos de acero,
cuando da tregua hay que soñarse libre,
por eso me aparezco,
para dar fe de que no nos han vencido,
de que aún "somos" bajo esta desconchada caracola de sueños

EN BUSCA DEL TIEMPO ¿PERDIDO?

La cafetería es pequeña, con pocas mesas, pero los grandes ventanales y varias réplicas de Sorolla, contribuyen a darle luminosidad. Es donde suelo tomar café a media mañana y donde, cada día, asisto a idéntico rito. Una pareja de ancianos coincide allí, a esa misma hora. Él, alto, seco, de porte distinguido, recto como un huso; ella, una triste ruina, sujeta a su brazo, casi arrastrando los pies, ayudada por un bastón. Su vestuario denota tiempos mejores, pero el aseo y la limpieza del atuendo no admiten el menor reproche. Él, de perenne gris; ella, vestido blanco con grandes flores azules. Siempre escogen la misma mesa, en el rinconcillo, bajo el "Paseo a orillas del mar" del ilustre pintor. Él le retira la silla, en cortés pero anacrónico gesto, para ayudarla a sentarse, y luego lo hace frente a ella. Permanecen fijos el uno en el otro unos minutos, como consultándose en silencio qué van a tomar. Vana cosa, porque siempre es lo mismo: dos cafés. Como las mesas no tienen servicio, el hombre, con paso firme y porte de condestable, se acerca a la barra, pero el camarero, que los conoce ya, les tiene preparadas las tazas. El anciano lleva la primera para ella, luego vuelve por la suya, y deposita el dinero sobre la barra. Ni un gesto de vacilación, ni un traspié, ni una duda.

Sentados frente a frente, permanecen en silencio, o al menos esa es la impresión, porque de tarde en tarde les veo musitar moviendo los labios. Él la mira a la cara con seriedad, fijamente, jamás presta atención a otra cosa; ella, la mirada acuosa parada sobre su taza, nota correr una lágrima, de vez en cuando, por su mejilla. Permanecen así largo tiempo, palabra que parece carecer de significado para ambos. Ella, las manos sobre la mesa, una a cada lado del café. El hombre, prácticamente hierático, la vista, con destellos de ternura, fija en ella. La anciana, los ojos bajos, sobre la taza vacía.

Los imagino esposos, sin hijos, con la memoria puesta en otro tiempo en que la juventud ocupaba el hueco que hoy pertenece a la vejez, a la enfermedad y a la tristeza. Incluso los imagino bailando sujetos de la cintura, dando vueltas y riendo a carcajadas en algún salón de otro siglo. Él sigue siendo fuerte y su memoria resiste el paso del tiempo, pero su rostro no deja traslucir ninguna expresión, quizás para que ella no sienta envidia. Ella, sin embargo, sabe que depende ahora de él, de sus brazos que la ayudan a sostenerse, a pasear, a vivir, a recordar. ¿Qué pasará por sus cabezas? A veces daría cualquier cosa por oír, siquiera, el tono de su voz. A veces, la anciana, se pasa una mano temblorosa por el pelo, cortado tan sencillo como para que pueda peinarlo él, que sigue, sin parpadear, con mirada acariciante, el recorrido de sus dedos, quizás añorante de los dorados bucles de otra época.

Al cabo del tiempo, él extiende el brazo sobre la mesa y posa, suavemente, amorosamente, su mano en la de ella. Ésta levanta los ojos y le mira. Le contesta él con una sonrisa. Es hora

de irse, parece entender. El hombre la ayuda a levantar, retirándole la silla, y ambos, sin prisa, salen al sol de la mañana, del brazo, ajustando él su paso para que le pueda seguir, arrastrando los pies.

A la vuelta de mis últimas vacaciones, no les volví a ver. Han roto esa cita no concertada a que acudíamos desde hace años. Pregunté al camarero, pero no me supo dar razón. Aun así, en la mesa vacía, bajo el cuadro de las damas paseando a orillas del mar, hay como un halo de luz que ilumina, para mi, una historia imaginada, una inmensa historia de amor en silencio.

(O'F, por Santiago de 2006).

LA HISTORIA DEL MEJOR TIRADOR DE LA GALAXIA

Era, sin duda, el mejor tirador de larga distancia. Durante años y años había logrado ser el mejor sin discusión alguna. Mantenía su fusil con un pulso perfecto al disparar, y hacía dianas tan increíbles, por lo lejanas y difíciles de acertar, que era siempre, inevitablemente, envidiado por los demás tiradores. Era el mejor y él lo sabía. En cada disparo ponía su alma, porque disparar y acertar, por lejano que estuviese colocado el blanco, era su destino, su único y gran destino.

Esta ocasión, este año, era especial. Era el año de su retiro aunque nadie lo supiese. Los Juegos Olímpicos de Tiro Galácticos eran los "Juegos de tiro" por excelencia y que se celebraban cada diez años. El fusil que los tiradores portaban era especial para esa ocasión e igual para todos. Diseñado con las últimas normas galácticas, su alcance y poder eran increíbles.

El mejor tirador se sentía cansado, se sentía viejo y le fallaba la vista, pero nadie lo sabía. Estaba dispuesto a retirarse, pero antes quería ganar su último Gran Premio de forma especial y ser recordado para siempre, sin ser superado jamás por ningún otro tirador, en la historia de los premios de tiro galácticos.

Las reglas del concurso eran simples: cada tirador podía elegir su blanco en el espacio infinito. Así de sencillo y fácil.

Algunos de los blancos estaban relativamente cercanos y muchos tiradores podían acertarlos, pero el ganador del premio sería el que escogiera el blanco más lejano y lo acertara de pleno.

Muchos tiradores fueron escogiendo su blanco, a cual más lejano, tratando la mayoría de destacar, y rogando en su fuero interno que ningún otro tirador lograra superarlos, aunque todos miraban de reojo a quién ellos sabían que si no tenía un mal día sería el mejor.

En los paneles gigantes iban apareciendo los blancos escogidos por los tiradores, y los gritos de la multitud coreaban a los tiradores que elegían los blancos más lejanos y difíciles. Cada blanco tenía una puntuación, y según la puntuación así serían las ganancias... o las pérdidas. Las apuestas subían sin cesar, en la misma medida que los tiradores elegían sus dianas. Las apuestas alcanzaban ya unas cifras astronómicas, apuestas que supondrían para los que hubieran elegido acertadamente una inmensa fortuna, y en cambio, para otros, sería quedarse en la miseria más profunda, al haber apostado todo lo que poseían por alguien que al disparar no acertase en el blanco elegido. Así eran los juegos: todos apostaban lo que poseían, y unos ganaban y otros perdían.

El mejor tirador de larga distancia se dijo que debía ganar porque éste era el último concurso de tiro en el que participaría. Solamente él conocía la decisión tomada. Sabía que su pulso ya no era tan perfecto como antes, como tampoco su vista, pero se dijo que debía ganar su último reto. Luego, si ganaba, se retiraría con honores y sería inmensamente rico, pues había apostado por él mismo todo lo que poseía. Si quería vivir el resto de su vida en la abundancia debía ser el ganador, pero por el contrario, si no ganaba este concurso, se quedaría en la ruina, y ya no tendría otra oportunidad de resarcirse. Era jugarse el todo por el todo, como la misma multitud hacía. Arriesgado tirador, eligiendo durante años los blancos más insólitos y alejados, se arriesgó también esta vez. Siempre le había ido bien, aunque sabía perfectamente que en esta ocasión se jugaba algo más que una reputación: se jugaba la tranquilidad para el resto de sus días... o llevar una vida miserable para siempre, puesto que éste sería su último concurso.

La multitud, que rugía, se calló de pronto al advertir el blanco elegido por el tirador favorito. Era un blanco tan insólitamente lejano y difícil, que los seguidores del mejor tirador enmudecieron durante muchos minutos. Era imposible que su tirador favorito acertase en la diana elegida y no supieron qué hacer. Era un disparo imposible, y miles de personas, poco antes efervescidas y ahora calladas ante las pantallas gigantes, dudaban de sus apuestas. Ocurrió lo que el mejor tirador había calculado. La multitud fue retirando sus apuestas (la mayoría siempre apostaba por él en los últimos años) y comenzó a apostar por tiradores con dianas más accesibles, con el resultado de que las apuestas a su favor cayeron en picado. Los pocos apostadores que mantuvieron sus decisiones a favor del mejor tirador, vieron cómo ascenderían sus premios... si es que resultase que el mejor tirador de todos los tiempos ganase: Cien a uno. Mil a uno. ¡Diez mil a uno! ¡Un Millón a uno...! ¡Mil millones a uno! Prácticamente ya nadie apostaba por el mejor tirador... excepto él mismo, que había apostado a su favor todo lo que poseía. Si perdía quedaría en la más absoluta miseria, pero estaba tan harto de ganar siempre, que decidió que ésa sería su última apuesta, fuese como le fuese.

El mejor tirador, ganador de cien concursos, podía elegir cuándo tirar, era su prerrogativa. Dejó que otros tiradores le precedieran y fueran acertando o fallando sus dianas, hasta que dijo: ¡ahora tiro yo!

Cuando el mejor tirador decidió disparar, los demás tiradores se apartaron respetuosamente y le dejaron sitio. La multitud guardó un profundo silencio cuando le vieron colocarse en el lugar de tiro. Todos, sin excepción, sentían una pena profunda por ver terminar en un

rotundo fracaso una carrera excepcional.

El mejor tirador de todos los tiempos, parsimoniosamente, sin salirse de la zona de disparo, avanzó su pierna izquierda y se apoyó en ella, flexionándola un par de veces. Sopesó el arma con delicadeza, buscando su centro de gravedad. Levantó el arma, apuntó ligeramente y corrigió el alza de distancia. A continuación, pulsó el mecanismo que haría que el proyectil entrase en la recámara. Apoyó la culata del arma en su hombro con firmeza y seguridad y encaró el objetivo a través de sus miras con pulso firme, sosteniendo la respiración un par de segundos mientras apuntaba.

En las pantallas gigantes apareció ante los espectadores lo que el tirador podía ver a través de su punto de mira, y que no era, ni más ni menos, que el blanco elegido. El blanco elegido por el mejor tirador era un pequeñísimo objeto redondo, apenas un despreciable punto en el espacio infinito, increíblemente pequeño de tan lejano, y al que nadie nunca osó tomar como blanco por ser imposible poder acertarlo. En otra pantalla, más grande que las demás, pudo verse el objetivo ampliado millones de veces. El punto redondo seguía viéndose muy pequeño, pero podía apreciarse que era de un color azul profundo, flotando en el espacio y rodeado de otros puntos también redondos, orbitando todos ellos alrededor de uno más grande y muy brillante, que alumbraba ese remoto lugar. Era un objetivo que superaba en lejanía a cualquier blanco elegido por tirador alguno. La pantalla indicaba la distancia: "doscientos millones de años luz"

El mejor tirador no disparó en ese momento, repuso su respiración acompasada y ajustó su visor con tranquilidad. Luego, de nuevo mantuvo su respiración y fue entonces cuando apretó el gatillo.

Acertó de pleno y pudo ver cómo la diana estallaba en mil pedazos. La multitud, asombrada, y a pesar de no haber apostado por él, le ovacionó largamente, reconociendo su pericia y gritando: ¡eres el mejor! ¡eres el mejor!. Efectivamente, fue el ganador de los Juegos Olímpicos de Tiro y designado el mejor tirador de todos los tiempos. Ganó millones por las apuestas y se retiró de los concursos de tiro para siempre, tal y como había planeado.

El mejor tirador vive ahora rodeado de lujos, pero no puede olvidar cómo hizo estallar un lejano y desconocido planeta de un color azul muy bello. No sabe el motivo, pero se pregunta sin cesar qué sería lo que en realidad destruyó con su certero disparo, y si ese planeta tan lejano estaría habitado. Desde entonces, en el fondo de su alma siente un remordimiento que no le deja nunca descansar.

He comprado este nuevo libro de Chantal, publicado por Pre-Textos y que tiene el ISBN 84-8191-744-3. Parece un libro de filosofía, y tiene en común con “Matar a Platón” el juego que hay entre el libro en sí y las notas a pie de página (que prácticamente podrían ser otro libro adicional).

Para daros un adelanto, os escribo extractos de algunas notas:

12. ¿Hay acaso peor fundamentalista que el converso? Te ofrecen un té y te niegan la hospitalidad del corazón; te abren la puerta de su casa y ésta se convierte en una trampa (...)
38. Un ejemplo insuperable de parti pris, en S. Weil: ‘‘Antes de bajar a las catacumbas, el cristianismo debe mostrar que es católico. No existe el punto de vista cristiano y otros, sino la verdad y el error. No lo que no es cristiano es falso, sino: todo lo que es verdadero es cristiano’’. Prefiero el enemigo declarado que ese falso universalismo de lo propio que deja indefenso al otro. Porque hay otro; siempre que hay lenguaje hay otro (...)
40. Sueño. - Les sacrificué. Cerré la puerta del sótano y corrí hacia arriba. Me detuve a la mitad de la escalera con los ojos desorbitados: abajo estaban ellos luchando contra el monstruo (ballena negra o serpiente de cloacas). Yo les había dejado allí para salvarme. Con su consentimiento. Para salvarme. Solo una niña podría hacer algo así. Una niña asustada. Para sobrevivir. Sacrificar a los mayores. En deuda, perennemente, por ese sacrificio.
41. Hay quien repite durante toda su vida las mismas pocas frases. Hasta que estas logran definir su existencia.
44. Aquí es donde yerran los adeptos al zen su objetivo: no se puede hacer algo con atención si se atiende a hacerlo con atención. Ésa no es la diana, la teoría no puede, de ninguna manera, exportarse a la práctica. La teoría ha de ausentarse de la práctica (...) Decir: “haced esto con atención” es la mejor manera de impedir que se haga con atención.
48. Hablar para curar... ¿Por qué cura el habla? Porque define: pone fines, pone límites, contrae lo inabarcable. Y los sentimientos extremos lo son. Infinitos por inabarcables, no: inabarcables por infinitos. Al delimitarlos (al proporcionarles una finitud), se hacen controlables. Así pues, hablar para poder controlar.
65. En vez de rechazar, observar. Ante cualquier fenómeno de masas, en vez de rechazarlo, observar las causas. Reemplazar la emoción personal por la neutralidad del observador.

Proceder de igual manera ante las agresiones personales.

LEYENDO A TRES BANDAS

Segunda lectura de "El Dinero" de Emile Zola, disponible en Debate. De lo mejor que he leído del autor hasta el momento. Quizá esté mejor ensamblada como novela que "Germinal".

"Madame Bovary" de Gustave Flaubert (Espasa-Calpe). Lo que comenzó siendo una ojeada por encima -de cara a próximos meses- se ha convertido en una lectura que ha llegado prácticamente al final de la primera parte. La novela pone la directa cuando Emma Bovary coge las riendas de la misma. Emma es una mujer soñadora, creativa y aficionada a la lectura que tiene todos los números para consumirse tras un matrimonio apresurado con Carlos Bovary, un hombre tan correcto como anodino, con escasa vida interior e incapaz de sentir pasión por nada ni por nadie. La prosa poética de Flaubert me ha parecido de una habilidad fuera de lo común.

"El Idiota" de Dostoyevski (Alianza). He leído hace media hora esa historia de la ejecución que narra el príncipe Myshkin a la familia del general Yepanchin. La verdad es que impacta, don Dosto tuvo que vivir una situación muy similar para escribirla de esa manera. La escena se te queda clavada en la memoria después de terminar la lectura del capítulo correspondiente. Otro detalle de la novela: Myshkin es un personaje literario muy poderoso que hechiza al lector, es imposible sustraerse a sus diálogos.

NILO MARÍA FABRA, PRECURSOR ESPAÑOL DE LA CIENCIA-FICCIÓN

La Biblioteca del Laberinto ha publicado un libro de Nilo María Fabra (Blanes, 1843- Madrid, 1903) que lleva por título "Relatos de ciencia-ficción". Cito a continuación la presentación que hacen del mismo:

``Nilo María Fabra quizá fue el primer escritor español de ciencia-ficción. Se ocupó, en un momento en el que dominaba nuestras letras el realismo, representado en su más pura esencia por Galdós, por una narrativa de índole fantástica, utópica y anticipativa que le llevó a plasmar en las muchas páginas que escribió una especie de historia del futuro (una de las primeras) con hondas raíces patrias. Así, en vida publicó tres tomos de cuentos: Por los espacios imaginarios (con escalas en tierra), Cuentos ilustrados y Presente y futuro. Nuevos cuentos. Todos ellos son recopilaciones de relatos breves y, casi todos, de índole fantástico. Hombre muy moderno para su época (lo que quiere decir que hoy sería un verdadero titán de la imaginación), casi todos sus cuentos tienen que ver con los grandes adelantos científicos de su tiempo y con las enormes aportaciones de la técnica a los campos que Fabra dominaba (información, telecomunicaciones, transportes). Tampoco desdeñaba la posibilidad de hacer patentes sus ideas sobre el futuro cercano, plasmar sus pensamientos sobre las relaciones internacionales, o efectuar prospecciones sobre su presente visto desde un porvenir que podría haber sido el nuestro. El presente libro recopila, con las ilustraciones originales, la totalidad de los relatos de Fabra de índole futurista, fantástico o meramente, fantasioso, un esfuerzo que llevaba sin hacerse más de cien años y que es todo un orgullo presentar´´

«Y no haber podido hablar por todos
aquellos que olvidaron el canto.»
Alejandra Pizarnik

Qué gesto estéril que señales rutas en los mapas a mis ingenuos dogmas
(topografía; escala uno dos mil).
Qué penitencia inútil que me preguntes: ¿hacia dónde,
hacia cuándo vas con esa absurda prisa colgada de tu hombro?
Un poema aguarda que alguien le dé vida (que lo lea),
y tú, buscas gafas para aquello que la mirada no eterniza,
para la libertad (sin remedio), para mi desmemoria,
en la inutilidad -privada de su desnudez primigenia- de los rincones.
La noche invoca el enigma (tardío claroscuro);
mis pies reconocen las criaturas que habitan tus escombros:
mas no pueden hablarlas porque olvidaron su canto.

©Indah

=====

“Oigo incluso como ríen las montañas
arriba y abajo de sus azules laderas “
Charles Bukowsky

Que inútil trance que le busques la lógica a mis lejanos delirios pasados
(años luz, pasecs desde ellos)
Qué intrascendente evento el que ahora me digas:¿lo harías de nuevo,
volverías a hacer todo aquello por mí en situación semejante?
Un instinto no piensa, se da y actúa (irreflexivamente)
y ni tú eres la misma ni el tiempo ni el lugar se trasladan
todo cambia (yo el primero), para mi desgracia
y la experiencia- salteada de fracasos y sonadas medias vueltas- pone frenos.
La ausencia mata el instinto (el músculo duerme)
mis ojos ya no reconocen los tuyos en las escasas veces en que pueden
mirarlos

y ya no te puedo oír aunque oiga incluso como ríen las montañas.

©McDyver

AÑO RANCIA

> Debo romper el nido con los dedos
> desmenuzar las raíces que me atan al parto
> desandarme por donde tú dejaste huella
> y olvidar que algunas veces fuiste casi tierna

los nidos son sólo bolsas temporales
úteros provisionales
el punto de fuga
del vuelo inicial
en el retrovisor

las raíces son sólo supercuerdas
entes de energía
variable
inestable
que enlazan
tu cabeza
en ese puzzle olvidado
que llaman pasado

los lazos de sangre
sólo pueden envolverte
durante el alquiler del útero
luego son bermejas cadenas
la única prueba
del poder
(de la estupidez)
ma/paterna

una vieja canción decía que si amas
al pájaro
sólo sin alas
no amas al pájaro
y yo digo más
que amas a una rata

y a las ratas puede reprocharles
que no tengan alas
hasta
que
te
complacen
y
te
devoran

Si Borges es la mejor biblioteca, Joaquín Sabina es el mejor prontuario musical. Si bien como dice Sartre “la cultura no salva nada ni a nadie, no justifica. Pero sobre ella nos proyectamos, nos refleja” y, en ese sentido, nadie, entre los cantautores de habla hispana, ha sabido, con la riqueza de su compleja arquitectura conceptual, consolarnos y animarnos del vacío de la Nada, acompañarnos, como buen representante de los moradores del Castillo de Kafka, en nuestra soledad y, en definitiva, en la desdicha de nuestra travesía por el desierto. Sabina, parafraseando a Borges, es todo para todos, como el Apostol. Como buen profeta de los desheredados ningún chicle puede menoscabar la magnitud de su figura, su profundidad poética, su compromiso con la verdad, su preciso aliento con el más mísero de los mortales. Si cantara en inglés una inmensa minoría de devotos, como los del persona Kilpatrick del cuento de Borges “Tema del traidor y del héroe”, darían justo testimonio del alcance de su persona. Pero me equivoco, basta que uno poco nos lo encontremos en el silencio (escribió Camus, que un hombre vale más por lo que calla que por lo que cuenta) de nuestro tormento para apreciar las verdaderas dimensiones de su figura. Gracias por ser una de mis sombras, por ser mi “redentor”.

CAMELLO DECLARADO INDESEABLE

esclavos de la escala, decidme, es éste el mejor cuento de cortázar?

Camello declarado indeseable

Aceptan todas las solicitudes de paso de frontera, pero Guk, camello, inesperadamente declarado indeseable. Acude Guk a la central de policía donde le dicen nada que hacer, vuélvete a tu oasis, declarado indeseable inútil tramitar solicitud. Tristeza de Guk, retorno a las tierras de infancia. Y los camellos de familia, y los amigos, rodeándolo y que te pasa, y no es posible, por que precisamente tú. Entonces una delegación al Ministerio de Tránsito a apelar por Guk, con escándalo de funcionarios de carrera: esto no se ha visto jamas, ustedes se vuelven inmediatamente al oasis, se hará un sumario.

Guk en el oasis come pasto un día, pasto otro día. Todos los camellos han pasado la frontera, Guk sigue esperando. Así se van el verano, el otoño. Luego Guk de vuelta a la ciudad, parado en una plaza vacía. Muy fotografiado por turistas, contestando reportajes. Vago prestigio de Guk en la plaza. Aprovechando busca salir, en la puerta todo cambia: declarado indeseable. Guk baja la cabeza, busca los ralos pastitos de la plaza. Un día lo llaman por el altavoz y entra feliz en la central. Allí es declarado indeseable. Guk vuelve al oasis y se acuesta. Come un poco de pasto, y después apoya el hocico en la arena. Va cerrando los ojos mientras se pone el sol. De su nariz brota una burbuja que dura un segundo mas que él.

(c) Julio Cortázar

PERVERSIBILIDAD RELATIVA

zinnia wrote:

> Marie-France Hirigoyen: El acoso moral (1999, Paidós).

no he leído eso, de modo que me referiré estrictamente a tus palabras. sobre la cita, simplemente dos observaciones:

entiendo que cuando dices "la tipología de una mala persona, o lo que llama un perverso" lo de "tipología de mala persona" no es una cita literal, me sorprendería mucho que un psiquiatra usara esa expresión. los psiquiatras se ocupan de lo que se supone que son trastornos graves de conducta o personalidad, lo que la sociedad considera "malo", pero ellos difícilmente pueden limitarse a verlo así. abordar estas situaciones requiere el consabido rigor científico que no deja lugar para apreciaciones morales (aunque algunos psiquiatras están exentos, como por ejemplo los que alquila el pp para hacer ponencias en el congreso :-))

y luego, keep in mind que la perspectiva de un psiquiatra tenderá a centrarse en la patología, y en la every day life no todo el mundo está TAN zumbao. los psiquiatras trabajan mucho con casos graves y eso los condiciona. he conocido a algunos y suelen ver perturbados por todas partes. los conocimientos y recursos que usan para abordar sus casos imposibles no es fácil que te valgan así tal cual en la vida cotidiana, a menos de que te despiertes en una habitación alcohada. es como si le preguntaras a un cirujano si el steak tartar está bien pikao.

lo digo porque en tus palabras et restohilo me parece que se mezclan alegremente conceptos que inducen a confusión.

para empezar, definamos "perverso". cuando todos se hayan cansado de evocar en su mente a jack el destripador (or your nightmare of choice), veremos que la perversidad es en realidad algo bastante subjerrelativo. lo que ayer se consideraba perverso hoy ya no, y viceversa. para un tuareg una ablación de clítoris no tiene nada de perverso, es lo que le han enseñado desde niño. en cambio, matar a un cerdo, dejar que una de sus extremidades se pudra colgada en la cocina y luego comérsela a pedacitos, le parecerá la mayor de las perversiones. es más, lo que es perverso para uno puede no serlo para su vecino, y ninguno de los dos necesita realmente una camisa de fuerza. "perverso" en realidad es todo aquello que se nos antoje una subversión de las reglas que asumimos. como las reglas son arbitrarias, la perversión también lo es.

me dirás que es una perogrullada pero el matiz tiene su qué, especialmente si asociamos "perverso" y "malo". la literatura, por ejemplo, es una perversión de la contabilidad, pero sólo a un contable antediluviano le podría parecer algo "malo", y hoy día diríamos seguramente que estaba equivocado, pese a que la mayoría de sus coetáneos opinaran como él.

otra confusión es pensar que lo "perverso" es la persona. esto es lo que piensa el psiquiatra, pero él trata con un paciente que le han puesto delante. en realidad "perversos" sólo pueden ser los actos, y siempre según se miren. ni que decir tiene que esta misma confusión es lo que utilizaría tu prota para inducir a pensar al personal que el otro, el malo, el enemigo, es el perverso. convencido el populacho de eso, ya no tiene porqué analizar ningún acto. el jefe es el bueno y todo lo que hace es bueno, y el otro, el perverso, es el malo y todo lo que haga será malísimo. no hace falta recurrir a condi, sucede todos los días. increíble pero cuela. me lo acaba de hacer aquí mismo r.m., rosquita muerta, y es la nosecuántis vez que lo veo ocurrir en este foro. son esos nicks perversos? a mi no me mires, ask your psichyatríst.

un ejemplo fácil para entender qué es la perversión es la "perversión de menores". para la inmensa mayoría de la población, including me, la idea de sexo con menores o entre menores tiene toda la carga repulsiva de una "perversión mala". es algo totalmente condicionado. en realidad la única razón por la que el sexo deba de ser un tabú para los menores es que todavía no han aprendido a usarlo los mayores (y quizá sea, precisamente, porque no les enseñan de críos). estoy absolutamente convencido de que, si no se cargan el mundo antes, algún día esto será algo absolutamente asumido y normal y no tendrá nada de perverso. es más, me atrevería a vaticinar que en ese momento los abusos a menores serán mucho más infrecuentes y mucho menos salvajes de lo que lo son, por desgracia, ahora, tan tabú que es. pero además, nuestros clichés pueden llegar a ser ridiculos: supón que en una de esas locas farras por el madrid canalla vas te acuestas con un canallita yogurín de 17 añitos y medio. tu acto te parecerá mucho más perverso que si tiene 18 y dos días? por 6 meses de diferencia? cuando conoces chavales de 15 con la cabeza perfectamente amueblada, y hombretones de 30 que están pa que los encierren?

queda claro que la palabrita "perverso" lo debería tener difícil para entrar en el vocabulario científico salvo aplicaciones específicas muy concretas (y desde luego desprovistas de toda carga moral). tanto como "malo". perverso puede ser tan sinónimo de abyecto como de precursor o pinoero o sibarita. coloquialmente diremos que un perverso es uno muy aficionao a los actos perversos, y eso sólo se entiende en un contexto x que nos tendrán que definir aparte, y según ese contexto imaginaremos que es malo. pero todo eso sólo es una forma de

hablar para decir, en realidad, que queremos que todos los comportamientos se ajusten a unos patrones que son los que a nosotros nos interesan, nos dan la gana.

a mi hay muchas cosas que me parecen perversas, y en cambio para la mayoría son lo más normal del mundo. la publicidad de alimentos infantiles, por ejemplo. casi que la publicidad en general, vaya. el culto al coche. la deforestación. la transición. las naciones unidas. los premios nobel. etc.

y el narciso. no entiendo el énfasis en la asociación con perverso (y menos en el contexto de un acoso, more on this later). el narcisismo es una perversión? induce a cometer perversiones? el narcisismo puede ser algo muy positivo si se mezcla bien. explota con perversita? más que el edipo? a partir de qué temperatura?

> Dice la autora que , implica una estrategia de utilización del otro y luego una estrategia de destrucción,

aquí el acoso. me dijo una vez una psicóloga (en la cama) una cosa que me pareció a primera vista una chorrada, un cliché, pero que, observando, he podido corroborar luego con bastante frecuencia: "dios los crea y ellos se juntan". el sádico y el masoca se buscan, y se encuentran. el dominador y el dócil, el histérico y el depresivo, etc. me parece un error analizar una situación de acoso fijándose sólo en el comportamiento del acosador, porque la víctima tiene también un papel imprescindible, sin la interpretación del cual no podría haber acoso. este tipo de víctimas no son casuales.

esto, evidentemente, está feo decirlo porque parece que la pobre víctima, encima de apaleada, despreciada. pero es así. yo no estoy desplazando la culpa para ningún lado porque para empezar no estoy hablando de culpa. eso le interesa a un juez, i ja s'ho farà, aquí de lo que hablamos es de la naturaleza humana. no existiría acoso si no existieran acosadores, ni si no existieran víctimas. es un poco lo que dice azu con lo de vencer/perder, desde una perspectiva un poco simplista (y confusa) de buenos y malos. a nivel de organización mental, la víctima sólo necesita una cosa para librarse del acoso: querer dejar de serlo. en la práctica, eso es un paso muy difícil: no sólo por el posible deterioro de su personalidad o por la despiadada pinza de las circunstancias, especialmente porque la víctima está programada para serlo. si una situación de acoso no se resuelve bien, aunque se separen, el acosador volverá a acosar, y la víctima volverá a ser acosada. conozco personas que, sin estar sometidas a una situación de acoso (que yo sepa, claro, lo denunciaría), son carne de ello, olle. nuestra educación genera víctimas en potencia a bofetadas. y verdugos. en cambio

conozco otras que ya me gustaría ver cómo se lo monta alguien para acosarlas. vamos, que en toda situación de acoso hay dos "patologías" a considerar. es más, me parece más fácil educar a la gente para que no sea víctima nunca, que ir pescando a los acosadores uno a uno. pillar a un acosador no es fácil, la víctima suele encubrirlo. porqué?

pero, insisto, qué tiene todo esto que ver con lo de la perversión, y especialmente el narciso? existen muchas situaciones posibles de acoso, no sé a cuáles se refiere la autora. hablas de parejas y de jefes de estado. hay alguna específicamente ligada al narciso y a ese concepto tan elástico de perversión? yo conozco muchas otras.

> sin que se produzca ningún sentimiento de culpa. Los

esto si que si, totally. de lo anterior me faltan datos, unke confieso que lo del perverso narcisista narciso perversista me parece un poco blablabla de psiquiatra escribiendo libros. pero la ausencia de sentimiento de culpa si que es una constante, y es de cajón puesto que todo acoso, de hecho toda agresión, parte de la sencilla y llana insensibilidad hacia el otro, por los motivos que sea (muy diversos, por cierto). sin sensibilidad no puede haber sentimiento de culpa ni medida ni precisión en las acciones. again, esto juega por partida doble, el acosador no tiene sensibilidad hacia su víctima, ni ésta la tiene hacia sí misma. esto, justamente, es el quid de la cuestión.

vamos, que no hay perversos (whatever this should mean), ni malos, ni buenos. no deberíamos usar la moralina para intentar entender estas situaciones, deberíamos sacarnos de la cabeza esos clichés y comprenderemos que todos nosotros tenemos todas las respuestas. no se puede ir por el mundo creyendo en flánagans o morgans o que estamos hechos a imagen y semejanza de cualquier deidad al uso. no somos más que bichos inteligentes. bueno, algunos. it's all in our head.

> ¿Alguien conoce a un tipo así?

narciseo, por aquí, a ramilletes. te diría que esto es un vergel.perversiones, las justas, i guess.y acoso, lo que se dice acoso ... no dona. vaya, no creo.

ÍNDICE

Tormenta de verano	por © José Luis Pineda Requena.
HORMIGAS	por © Sap.
Sun Bed Ladies - “m”	por ©Ritmanblu.
Ego sum... ..	por Amelie.
Cerrando el círculo de mis condenaciones	por Bay.
Condenado estoy V	por Bay.
El siciliano, de Mario Puzo	por Bay.
México	por Bay.
Amigas	por Blanca Barojiana.
Aprendiz de bruja	por flantains.
LA DEPRESIÓN	por Francisco Rodríguez Criado.
Noches oscuras	por Francisco Rodríguez Criado.
Vías Muertas	por Francisco Rodríguez Criado.
Carta a Clara	por gsmiga.
El tocadiscos (un fragmento)	por leopoldo.
El crimen perfecto	por lunamar.
Fragmentos de la carta testamentaria encontrada en	por lunamar.
Obligarme al desarraigo	por lunamar.
Pude ser	por lunamar.
Sun Bed Ladies --- n ---	por Mac Dyver.
Sun Bed Ladies ----l----	por Mac Dyver.
Inclemencias	por maoke.
Los motivos	por maoke.
En busca del tiempo ¿perdido?	por O'Flaherty.
LA HISTORIA DEL MEJOR TIRADOR DE LA GALAXIA	por R.M.
Chantal Maillard	por Tony _Jobim Brazil.
Leyendo a tres bandas	por Tony _Jobim Brazil.
Nilo María Fabra, precursor español de la ciencia-ficción	por Tony _Jobim Brazil.
indahmacs-37	por Varios.
año rancia	por whhunt.
Joaquín Sabina	por zahir.
Camello declarado indeseable	por znôrt.

perversibilidad relativa

por znôrt.

